

Jazmín®

Una gran promesa

Jessica Steelle

Acababa de recibir una sorprendente proposición de un perfecto caballero británico… Cuando se ofreció a cuidar a Pip, su sobrina de once años, Leyne Rowberry no esperaba acabar buscando al verdadero padre de la niña. La búsqueda las condujo hasta Jack Dangerfield, un hombre encantador... e increíblemente atractivo. Desde el primer momento trató a Leyne y a Pip como si fueran de la familia y las llevó a ver los lugares más hermosos de Londres y de la costa sur de Inglaterra. Sin darse cuenta, Leyne se había enamorado de Jack pero, por el bien de Pip, debía ocultar sus sentimientos. Pero entonces descubrió el secreto de Jack...



Jessica Steele

Una gran promesa

Capítulo 1

Estaba en la cocina de su antigua y un poco destartalada casa cuando, al sentir que su sobrina la miraba, su media sobrina para ser exactos, Leyne dejó de planchar la camisa del uniforme y levantó la mirada.

—¿Qué? —preguntó.

Pip la miró a los ojos durante unos segundos y luego, poniéndose colorada, contestó a toda velocidad:

—Leyne, ¿tú sabes quién es mi padre?

La pregunta fue tan inesperada que Leyne temió haberse quedado con la boca abierta. Pip nunca había mostrado la menor curiosidad por saber quién era su padre y ahora precisamente no era el mejor momento para empezar a hacer preguntas.

—Pues... no, cariño, no lo sé —contestó con sinceridad.

—Ya —su sobrina aceptó esa respuesta y siguió haciendo preguntas sobre el trabajo de historia que debía tener terminado por la mañana.

Leyne esperaba que la pregunta sobre su padre hubiera sido formulada de manera fortuita, pero cuando se metió en la cama por la noche no pudo quitarse de la cabeza la mirada de Pip, la hija de once años de su hermanastra.

Pip era una niña dulce y encantadora, pero de vez en cuando, sólo de vez en cuando, en sus preciosos ojos verdes había una mirada directa y absolutamente obstinada. Si no recibía una respuesta clara o alguien no le explicaba el porqué de algo, insistía e insistía hasta conseguir una respuesta.

Esperando que la pregunta sobre su padre hubiera sido circunstancial, Leyne la había llevado a ella y a su amiga Alice al colegio. Y luego había ido a su oficina, en la que trabajaba como

subdirectora administrativa, dándole vueltas a la cabeza.

Maxine, la madre de Pip, se había marchado del país en un viaje de trabajo menos de una semana antes.

—¿Seguro que no te importa cuidar de ella? —había insistido por enésima vez el día anterior, por teléfono, desde el aeropuerto de Madrid.

Al principio, Max había rechazado la fabulosa oportunidad de acompañar a Ben Turnbull, uno de los fotógrafos más importantes del mundo cuando, aún recuperándose de un accidente de tráfico, Turnbull tuvo que enfrentarse con el hecho de que o llevaba un ayudante o tendría que rechazar el encargo. Y, aparentemente, no estaba dispuesto a rechazar el trabajo aunque tuviera que llevarse doce ayudantes.

Max, a los treinta y cinco años y a pesar de los inconvenientes de ser madre soltera, era una fotógrafa reconocida y su nombre debía haber llegado a oídos del gran Ben Turnbull porque, un día, les llegó una carta solicitando que lo acompañase. Turnbull, sin molestarse en hablar con ella o hacerle una entrevista, le había ofrecido un trabajo que cualquier fotógrafo aceptaría sin dudar.

Leyne recordaba cómo se habían iluminado los ojos de su hermanastra al leer la oferta: seis meses viajando por el mundo, posiblemente más, con todos los gastos pagados, un salario más que interesante y la oportunidad de fotografiar animales en su hábitat, paisajes, flores exóticas, tribus indígenas... A Max se le había hecho la boca agua.

No había tardado mucho, sin embargo, en decidir que no podía aceptar la oferta.

—No puedo hacerlo —dijo, cuando la realidad asomó su fea cara.

—¿Por qué no? —preguntó Leyne, sintiendo la desilusión de su hermanastra como si fuera propia.

—¿Tienes que preguntar? —replicó Max, mirando la preciosa fotografía en blanco y negro de su hija Philippa que había tomado unos meses antes.

—¿Te molesta dejar a Pip conmigo?

—¿Por qué iba a molestarme dejarla contigo? Te llevas de maravilla con ella. Además, seguro que contigo lo pasa mejor. Yo siempre llego tarde a casa y no puedo acompañarla a ningún sitio...

—He cuidado de Pip en otras ocasiones —asintió Leyne—. Y ya sabes que para mí no es ningún problema. Puedo trabajar desde casa si fuera necesario. De hecho, ahora que vamos a mudarnos a una oficina más grande se alegrarán de que haga mi trabajo desde aquí.

Max la miró fijamente y Leyne supo que su hermanastra se lo estaba pensando.

—Pero es que nunca he estado fuera de casa tanto tiempo.

—Pero es una oportunidad maravillosa. Y además de serlo, cuando vuelvas tu nombre será más conocido.

—Si pudiera llevarme a Pip...

—Yo no querría que te la llevases —protestó Leyne.

—Sí, ya lo sé, eres como una segunda madre para ella —suspiró su hermanastra.

—Es imposible no querer a tu hija —comentó Leyne sencillamente, recordando que Pip había nacido poco después de la muerte de su padre. Era una niña adorable y para Leyne había sido amor a primera vista.

Leyne tenía entonces once años, como Pip ahora, y había estado pendiente de ella desde el primer día. Si había llegado al mundo para ayudarla a superar la muerte de su padre, no podía haber llegado en mejor momento.

—A Pip le va muy bien en el colegio —dijo Max, pensativa—. Y parece que ya casi no tiene problemas de asma. Pero... no sé, Leyne. Me parece mucha cara dejarte aquí con ella mientras yo viajo por todo el mundo. Por no decir cuánto va a dolerme no ver a mi hija en seis meses. O a ti.

Leyne se dio cuenta de que era una decisión importante para Max. La vida no había sido fácil para su hermanastra. Leyne y su madre la habían ayudado mucho cuando nació Pip, pero la responsabilidad había pesado desde el principio sobre ella.

—Míralo desde otro ángulo. ¿Qué significará esto para tu carrera?

Max consideró la pregunta durante unos segundos:

—Bueno, además de la experiencia que podría conseguir trabajando con Ben Turnbull y lo que re presentaría para mi curriculum profesional, podría fotografiar sitios que he soñado fotografiar siempre... Y el dinero me vendría muy bien. Pip, aunque

todavía es muy joven, está empezando a interesarse por la ropa cara, por los viajes… y me gustaría darle algún capricho en lugar de decirle, como siempre, que no podemos permitírnoslo.

Siguieron hablando de ello mientras tomaban café y estaba muy claro para Leyne que su hermanastra debía decidir aceptar la sensacional oferta, pero al final fue ella misma quien sugirió:

—¿Por qué no le preguntas a Pip? A ver qué piensa ella.

—No me gusta la idea de no verte en seis meses —había contestado la niña—. Pero me sentaría fatal que no aceptases por mi culpa. Tienes que ir, mamá.

—Siempre he dicho que eras la mejor hija del mundo —rió Max, abrazándola.

Pip sonrió.

—Iría contigo, pero alguien tiene que quedarse en casa para cuidar de Leyne.

De modo que la decisión estaba tomada. Pero, como suponía, la última vez que Leyne y Max estuvieron a solas, su hermanastra seguía mostrando dudas.

—¿De verdad no te importa cuidar de Pip?

—En absoluto. Lo pasaremos muy bien.

—¿Y si empieza a ponerse… difícil? Ya sabes cómo son los adolescentes.

—¿Pip? Imposible.

—El otro día estaba hablando con Dianne Gardner y me dijo que Alice empieza a comportarse como si fuera una chica mayor.

—Si eso ocurre, ya me las arreglaré —sonrió Leyne—. No te preocupes, pase lo que pase, todo irá bien, estoy segura.

Pero ahora, mientras estacionaba el coche en el aparcamiento de Paget y Cía., no podía dejar de preguntarse si de verdad todo iba a ir bien. Cruzando los dedos para que su sobrina hubiera olvidado el repentino interés por saber quién era su padre, Leyne subió a su oficina. Los padres de Alice, su amiga del alma, estaban divorciados y Alice había pasado el último fin de semana con su padre… Quizá las dos niñas hubieran hablado del tema o quizá estuvieran en la edad de hacer esas preguntas. O quizá algo en clase hubiera provocado ese interés.

Leyne se dispuso a trabajar, pero fue interrumpida por Keith Collins, un contable que había llegado a la empresa unos meses

antes y con el que había salido un par de veces.

—¿Te apetece una cena suntuosa esta noche?

Esa invitación llegaba en mal momento. Desde que Max se había marchado, Leyne y la madre de Alice, Dianne, se ponían de acuerdo para poder llevar una vida social más o menos decente, pero no quería dejar a Pip en casa de Alice cuando al día siguiente tenía que ir al colegio.

—Me encantaría, pero me temo que va a ser imposible. Si te apetece, podrías cenar en casa, con Pip y conmigo.

A Keith no le apetecía nada, por lo visto.

—Pues él se lo pierde —opinó Pip, mientras tomaban un plato de salmón ahumado por la noche.

Leyne se fue a la cama un poco más contenta. Max, con la fotografía de su hija en la maleta, había partido desde Madrid a Brasil y ya debía de haber aterrizado en Río de Janeiro. Y Pip no había vuelto a preguntarle quién era su padre.

Max llamó al día siguiente. Todo iba según lo previsto, le dijo, añadiendo después que Ben Turnbull y ella se «soportaban».

—¿Os soportáis? —repitió Leyne. Sólo entonces descubrió que Turnbull esperaba que Max Nicholson fuera un hombre y se había quedado helado al descubrir a una muy femenina Maxine Nicholson. Naturalmente, no había tiempo para buscar un sustituto que, además, estuviera vacunado de todo. De modo que Max estaba más que decidida a hacer su trabajo y a demostrarle que podía hacerlo igual o mejor que cualquier otro fotógrafo. Su emoción por el proyecto que la esperaba seguía siendo la misma y a Leyne, y a Pip después, cuando le pasó el teléfono, se les contagió su alegría.

Leyne no se sintió tan feliz al día siguiente, sin embargo. Dianne Gardner fue a buscar a las niñas al colegio y, cuando dejó a Pip en casa, la niña entró muy seria.

—¿Leyne?

—¿Sí?

—¿Tú sabes por qué mi padre nunca ha venido a verme?

«Oh, no», pensó ella.

—No lo sé, cariño. Quizá tu madre y él se pelearan, no lo sé.

Su sobrina se quedó callada un momento. Pero sólo un momento.

—Leyne, si de verdad no sabes quién es mi padre, ¿crees que

podrías enterarte?

Ella la miró, sorprendida.

—Es muy importante para ti, ¿verdad, cielo?

—Sí.

—¿No podrías esperar a que volviera tu madre?

Pip no tuvo que pensar la respuesta mucho tiempo:

—No, me parece que no puedo. Llevo mucho tiempo queriendo saber quién es, pero mi madre siempre está tan ocupada... Y la verdad es que me daba un poco de vergüenza preguntar. Y no puedo esperar seis meses.

Leyne estudió el expresivo rostro de su sobrina y luego tuvo que abrazarla.

—Puede que tarde algún tiempo, pero veré qué puedo hacer.

—¡Ya sabía yo que lo harías! —exclamó Pip, emocionada.

Y a Leyne se le rompió el corazón. ¿Cuánto tiempo habría esperado su sobrina para hacer esa pregunta?

¿Qué podía hacer? A saber cuándo volvería a llamar Max. ¿Debería llamarla al móvil? ¿Por qué no? Después de todo, ella era la única persona que podía decirle cómo manejar esa difícil situación.

Leyne esperó hasta que Pip se fue a la cama y luego llamó al móvil de Max. Pero no pudo hablar con su hermanastra porque saltó el contestador de inmediato.

Durante los días siguientes, percatándose de las miradas serias de su sobrina, Leyne volvió a intentar ponerse en contacto con Max, pero con el mismo resultado. El teléfono estaba siempre apagado.

Con la silenciosa pregunta de Pip empezando a turbarla, Leyne pensó en llamar al otro número que Max le había dado: el número para emergencias. Pero, ¿qué diría su hermanastra, y sobre todo el gruñón de Ben Turnbull, si un mensajero del hotel los persiguiera por la jungla brasileña, o donde estuvieran en ese momento, para preguntar quién era el padre de su hija?

Era un dilema que no le dejaba dormir. Pero sabía que no debía asustarse. Tenía que solucionar el asunto como fuera.

—Supongo que mañana por la noche tendrás cosas que hacer —le dijo Keith Collins el viernes, cuando pasó por su despacho.

Pip iba a dormir en casa de Alice Gardner esa noche.

—Depende. ¿Por qué? —replicó Leyne, con una sonrisa en los

labios.

—Estaba pensando que podíamos cenar juntos... y luego podríamos tomar un café en mi casa.

Lo del café no convenció a Leyne. Aunque no dudaba de que Keith supiera encender una cafetera, era «lo que iba» con el café lo que la preocupaba. Le gustaba Keith, pero apenas estaban empezando a conocerse.

—La cena suena bien.

—Iré a buscarte a las ocho —dijo él, con una sonrisa de lobo, antes de salir de su despacho.

Leyne intentaba dejar de pensar en la pregunta de su sobrina, pero cuando fue a buscarla a casa de Alice. Pip volvió a sacar el tema.

—Supongo que aún no tienes ninguna noticia que darme.

Leyne no se molestó en fingir que no sabía de qué estaba hablando.

—Tu madre no me ha devuelto la llamada, cariño. Supongo que está liadísima... Puede que pasen semanas antes de que vuelva a ponerse en contacto con nosotras —contestó. Con Max en Brasil, no sabía dónde buscar. Además, ¿tenía derecho a contárselo a Pip si lo averiguase?, se preguntaba—. Pero en cuanto sepa algo, te lo diré.

—Estoy segura de que lo harás —dijo su sobrina, mirándola con expresión de total confianza. Y esa mirada de confianza hizo que Leyne pensara que no tenía derecho a esconderle información alguna.

El problema era, ¿por dónde empezar?

Sintiéndose culpable a pesar de ser la tutora de su sobrina, Leyne entró en la habitación de su hermanastra de puntillas para buscar la partida de nacimiento de Pip.

Naturalmente, no descubrió nada. Había sido una tontería pensar que la partida de nacimiento de Philippa Catherine fuese a revelar el nombre de su padre. Ella sabía que el apellido de su sobrina era Nicholson, como el de su madre. Aun así, al ver que donde debía estar el nombre del padre sólo había una línea en blanco se llevó una desilusión. Evidentemente, Max no quería que nadie supiera la identidad de ese hombre.

Max nunca había hablado de él y, aunque Leyne siempre había sentido curiosidad, sabía que debía respetar la intimidad de su

hermanastra.

De modo que volvió a guardar la partida de nacimiento de Pip. Pero el teléfono de Max estaba permanentemente apagado... Por un momento, volvió a pensar en llamar al número que le había dado por si había alguna emergencia, pero decidió no hacerlo.

Le había asegurado a Max que podría encargarse de todo y sería como tirar la toalla ante el primer problema. Además, no debía pensar en lo que diría Max, sino en lo que era mejor para Pip.

Leyne recordó el día que nació Pip, once años antes. Pip, con su precioso pelo negro y sus ojos verdes. Max vivía en casa de sus padres entonces... De hecho, nunca había vivido en otro sitio. De modo que...

De repente, Leyne vio un rayo de luz. Si Max había estado saliendo con alguien doce años antes, ese chico debía haber ido a buscarla a casa. Y si era así, su madre debía saber quién era. Su madre debía saber el nombre del padre de Pip.

Habría querido llamarla de inmediato, pero bajó al salón y lo pensó un momento.

Quizá sería mejor ir a verla. Su madre la quería mucho, pero entre Max y ella siempre había habido un lazo especial que, seguramente, se había forjado cuando Catherine Nicholson se quedó viuda con una hija pequeña.

Sí, definitivamente, su madre debía saberlo, decidió Leyne.

Sin embargo, tenía sus dudas...

¿Y si había alguna oscura razón por la que Max siempre se había negado a revelar el nombre del padre de Pip? ¿Sería un villano, un delincuente… un monstruo? Quizá, pensó, no debía mencionar nunca el nombre de ese hombre. Quizá si Pip descubría que su padre estaba en la cárcel, que era un criminal...

Pero, por lo que sabía de Max, que siempre había sido muy circunspecta sobre los hombres de su vida. Leyne no la imaginaba saliendo con alguien que no fuera honesto.

Normalmente, Leyne solía llevar a Pip y a Alice a nadar los sábados por la mañana y decidió hacerlo como todas las semanas. Después, la llevaría a casa de Alice, donde iban a dormir esa noche, y más tarde llamaría a su madre para preguntarle si podía ir a verla.

Pero el plan no salió como esperaba porque Dianne, la madre de Alice, llamó para decir que una tía suya muy querida se había

puesto enferma y tenía que ir a visitarla ese fin de semana.

—Las niñas pueden dormir en casa el sábado que viene —se ofreció.

—Claro que sí. Y esta noche Alice puede dormir en la mía, así no tendrás que volver a toda prisa.

—¿De verdad no te importa?

—No, será un placer —contestó Leyne.

Estaba tomando café, observando a Pip y a Alice echando carreras en la piscina, cuando recordó que había quedado con Keith Collins esa noche.

Oh, no. Y no era la primera vez que tenía que llamarlo para cancelar una cita, pensó, mientras sacaba el móvil del bolso.

—¿Keith? Soy Leyne Rowberry.

—¡Si vas a decirme que no puedes quedar esta noche no te perdonaré nunca! —exclamó él, con un tono que no tenía nada de humorístico.

—No, verás, el caso es que... pensé que a lo mejor querrías venir a mi casa a tomar café. Y prometo que antes te haré una cena estupenda.

—¡O sea, que no podemos salir a cenar! —gritó Keith. Y, por un momento, Leyne se preguntó si le gustaba aquel hombre de verdad.

—Te estoy ofreciendo una alternativa —insistió.

—Ya, claro, y yo ahora no tengo tiempo de hacer otros planes.

—Bueno, mira, como quieras —replicó Leyne, irritada. Que hiciese lo que le diera la gana. Si quería quedar con otra, a ella le daba completamente igual.

La cena no fue un éxito precisamente. La comida, aunque no suntuosa, estuvo muy bien. Pero, como las niñas la habían ayudado a hacer el pudín de coco y naranja, le pareció una descortesía no pedirles que cenasen con ellos.

Keith se esforzaba por mostrarse simpático, pero pareció terriblemente aliviado cuando Pip y Alice subieron a su habitación.

Leyne fue a la cocina a hacer café y, cuando volvió al salón, Keith parecía estar de mucho mejor humor.

—¿Azúcar? —preguntó, percatándose de que él se había sentado mucho más cerca de lo que debería.

—Tienes un pelo precioso —dijo Keith, admirando su pelo rubio con mechas muy claras.

—¿Leche?

—Sí, gracias —contestó él, mirándola a los ojos—. Tú tienes la piel tan blanca como la leche. Leyne, mi preciosa Leyne... —no pudo terminar la frase porque en ese momento les llegaron unas risotadas del piso de arriba—. ¡Por Dios bendito! —exclamó, impaciente—. ¿Es que esas niñas no pueden estar calladas?

—Durante unos cinco minutos más o menos —contestó Leyne.

—¿No tienen que irse a la cama?

—Hoy es sábado, así que no me sorprendería que se acostasen de madrugada.

En realidad, Keith le daba pena. Aunque sus esperanzas de cómo iba a terminar la noche no tenían nada que ver con las de Leyne.

Y pensó, cuando él se marchó cinco minutos después, que no volvería a invitarla a salir. Una pena. Le caía bien. Pero no tenía el corazón roto ni mucho menos.

El domingo por la mañana, Dianne Gardner llamó para decir que había vuelto y, diez minutos después. Leyne llamó a su madre y le preguntó si Pip y ella podían ir a visitarla. Catherine Nicholson-Rowberry-Webb había vuelto a casarse cuatro años antes y, generosamente, les había dejado la casa a sus dos hijas y a su nieta porque ella se había mudado a Hertfordshire con su nuevo marido.

—Pues claro que sí. Me encantaría veros —contestó su madre—. Roland está un poco resfriado, pero el período de contagio ya ha pasado.

—A lo mejor no se encuentra bien. No queremos molestar...

—No, no, por favor. Además, seguro que ni lo veis siquiera. Ya sabes cómo es... Bueno, no lo sabes, pero mientras las mujeres tienen resfriados y siguen adelante con sus vidas, los hombres se meten en la cama como si estuvieran al borde de la muerte.

—¿Te apetece ir a ver a la abuela, Pip? —le preguntó después a su sobrina.

Los ojos de la niña se iluminaron.

—Claro que sí. Además, hace siglos que no veo a Suzie —exclamó, refiriéndose a la perra labrador de Roland Webb.

Suzie siempre era un buen entretenimiento para Pip, que salió al jardín a jugar con ella mientras Leyne hablaba con su madre en privado. Roland, heroicamente, se había levantado de la cama para saludarlas, pero se retiró de inmediato, postrado como estaba.

—Mamá... —empezó a decir Leyne, después de unos minutos preguntándose cómo iba a sacar el tema.

—¿Qué pasa, hija? Estás muy seria.

Leyne miró a su madre, que aún era muy guapa a sus cincuenta y seis años, y supo que sólo había una manera de decir aquello:

—Pip quiere saber quién es su padre.

En cuanto pronunció esas palabras vio que su madre levantaba un muro para defender a su primogénita.

—Maxine piensa decírselo cuando sea mayor de edad.

—Pero es que la niña quiere saberlo ahora, mamá. Y yo creo que ya es mayorcita.

—No te preocupes, pronto se le olvidará. Sólo es un capricho —dijo su madre.

—Pero lleva algún tiempo preguntando por él...

—Se le pasará, tranquila.

Leyne no quería insistir, pero sabía que debía hacerlo.

—Yo sé que no se le pasará, mamá. Aunque es una niña ideal, ya sabes que puede ser muy obstinada.

Catherine Webb parecía exasperada y preocupada al mismo tiempo.

—Maxine se lo contará, tú no debes meterte en esto.

—Pero Max no está aquí, mamá. He intentado ponerme en contacto con ella, pero siempre tiene el móvil apagado. Y aunque tengo un número por si hubiera alguna emergencia...

—¡Yo no creo que esto sea una emergencia! —exclamó su madre—. Pip tendrá que esperar.

Aunque Leyne quería mucho a su madre, sintió el deseo de recordarle que ella no era su tutora. Ella no era quien levantaba la mirada y se encontraba con los ojos interrogantes de Pip.

—Me parece que no quiere esperar, mamá —insistió—. Me temo que está obsesionada con ese tema. Y supongo que tú conociste a su padre.

—No —contestó su madre rápidamente—. No lo conocí.

Lo cual, sabiendo que su madre era incapaz de decir una mentira, fue una enorme sorpresa para Leyne.

—¿Que no lo...? —No terminó la frase porque la expresión de Catherine le decía que sabía más de lo que le estaba contando—. Pero sabes quién es, ¿no?

Su madre la fulminó con la mirada, pero acabó asintiendo con la cabeza.

—Nunca entró en casa. Y fue sólo una corta aventura... terminó casi antes de empezar.

—Pero duró lo suficiente como para que Max se enamorase de él.

La expresión de su madre se suavizó.

—Sí, claro. Maxine estaba muy enamorada de él.

Pero un día volvió a casa y se encerró en su habitación. Estaba llorando y cuando le pregunté qué le pasaba me dijo que no quería volver a verlo. Y no lo hizo. De hecho, se negó a mencionar su nombre nunca más.

—Pero tú sabes su nombre, ¿verdad?

Su madre suspiró pesadamente y, después de una lucha interna, por fin le confesó:

—Se llama John Dangerfield.

John Dangerfield. Leyne repitió ese nombre en su cabeza varias veces, pero no le decía nada. ¿O sí?

—¿Puedes contarme algo de él?

—No sé mucho, hija. Ya te digo que nunca lo conocí personalmente. No entraba en casa. Maxine lo esperaba en la puerta y en cuanto veía aparecer el coche salía corriendo —Catherine vaciló, pero sólo un momento—. Espero que uses esta información juiciosamente. Pip está en una edad muy mala. No quiero que le hagas daño.

—Eso es lo último que deseo, mamá. No te preocupes. El problema es que si seguimos dejando que pase el tiempo, Pip insistirá más y más. Y ya sabes que cuando está disgustada tiene esos ataques de asma...

—¿Ha vuelto a tener alguno?

—No, no, hace mucho tiempo que no los tiene, pero... quiero evitar que ocurra.

Catherine miró hacia la ventana del jardín para observar a su nieta.

—Pobrecita. La verdad es que de su padre sólo sé el nombre, pero supongo que tiene derecho a saber...

—¿Qué más sabes de él, mamá?

—Poca cosa. John Dangerfield es el presidente de una empresa

que se llama Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield.

¿Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield? Leyne no conocía la empresa, pero el nombre le resultaba familiar… como si lo hubiera visto recientemente en algún sitio.

—Antes de decirle nada a Pip —siguió su madre—, yo creo que lo mejor sería hablar con él.

—Pero yo no había pensado hablar con él.

—Pues yo creo que deberías. Pip es una niña muy buena, pero ya sabes que a veces puede ser muy intransigente. Y si se le ha metido esto en la cabeza...

—Sí, eso es cierto —admitió Leyne.

—Conozco a mi nieta y sé que si descubre el nombre de su padre no se quedará sólo con eso.

—¿Tú crees que Pip insistirá en conocerlo personalmente?

—¿No querrías hacerlo tú?

Leyne lo pensó y tuvo que reconocer que tampoco ella querría quedarse sólo con un nombre. Y pensó entonces que quizá lo mejor sería esperar el regreso de Max para que ella misma solucionara el problema. Aquello era demasiado importante.

Pero entonces cometió el error de mirar hacia la ventana y vio a su sobrina con la mirada clavada en ella... con esa expresión tan directa y tan suya. Y Leyne supo entonces que haría lo que tuviese que hacer para satisfacer el deseo de Pip de conocer a su padre.

—Sí, tienes razón.

—Entonces, sugiero que te pongas en contacto con él antes de hacer nada.

—Pero...

—Hazlo, Leyne. Tienes que hacerlo —insistió su madre.

—¿Por qué tengo que hacerlo? —preguntó ella.

—Porque él podría negar ser el padre. Ese hombre nunca le ha pasado una pensión a Maxine. Aunque ella no se la habría pedido... es demasiado orgullosa para eso —dijo Catherine, con expresión digna. Y Leyne no tenía que preguntarse de quién había heredado su hermanastra esa actitud.

Pip y ella volvían a su casa en Surrey cuando su sobrina le demostró que era tan perceptiva como siempre había creído:

—La abuela y tú habéis estado hablando durante mucho rato. ¿Estabais hablando de mí?

Leyne no vio razón alguna para mentir.

—Pensé que la abuela sabría algo sobre tu padre.

—¿Y sabía algo? ¿Quién es?

—Cariño, ten paciencia. Sé que no es fácil para ti, pero puede que tarde algún tiempo en averiguarlo todo.

Le habría encantado darle una respuesta y, si su madre no hubiera insistido en que antes hablase con John Dangerfield, le habría dicho el nombre. Pero Leyne sabía que su madre tenía razón y que la niña no querría dejarlo ahí. Insistiría e insistiría y no pararía hasta conocerlo personalmente. Aunque era lógico. ¿Qué podía haber más importante para una niña de once años que saber quién era su padre?

Leyne tuvo que reconocer que la tarea de ser tutora de su sobrina hasta aquel momento había sido una tarea muy fácil. En realidad, no había tenido que hacer nada. Pero en ausencia de su madre, dependía de ella y de nadie más tomar las decisiones adecuadas para asegurarse el bienestar de la niña. Decisiones que, por muy complicadas que fueran, tendría que tomar.

Con el nombre de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield en mente y recordando que había leído algo sobre la empresa en alguna parte, Leyne tuvo que esperar hasta que Pip estuvo en la cama para ponerse en marcha.

Afortunadamente, los periódicos de toda la semana estaban en la cocina, esperando ser reciclados.

Después de leer tres de ellos de arriba abajo empezaba a pensar que su memoria le había jugado una mala pasada. Pero entonces, cuando abrió el cuarto periódico, y no por la sección de negocios precisamente, encontró lo que su cerebro había grabado por razones inexplicables.

Era la fotografía de un hombre muy atractivo en un evento social del que también habían hablado en televisión.

¿Sólo buenos amigos?, preguntaba el pie de foto, refiriéndose a la hermosa morena que llevaba del brazo.

Jack Dangerfield, presidente de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield, con su novia. ¿Tendrá Gina Sansome más suerte que las demás con el recalcitrante solterón?

Con el corazón acelerado, Leyne estudió la fotografía del hombre alto y moreno. John Dangerfield parecía ser conocido por

todo el mundo, salvo por su madre, como Jack Dangerfield.

Era muy guapo, guapísimo, y por lo que decía el periódico, famoso por sus conquistas. Y eso la molestó. Ahí estaba ese hombre, yendo de novia en novia y de fiesta en fiesta mientras Max había tenido que hacer montones de sacrificios para criar a su hija sin que le faltase nada.

Debía de tener más o menos la edad de Maxine, quizá uno o dos años más. Pero era muy joven para ser el presidente de una empresa de ingeniería que, por lo que decía el periódico, tenía fama internacional.

Bueno, pensó Leyne, esperando que, además de solucionar problemas de ingeniería, aquel hombre fuera capaz de ayudarla a resolver aquel pequeño problema doméstico.

Preguntándose si su desmesurada ambición y su éxito a tan temprana edad, ya que no podía tener más de treinta y cinco años, sería la razón por la que se había separado de Max, Leyne tomó la guía telefónica.

Había muchos números para Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield, pero como no sabía su dirección particular, evidentemente tendría que ponerse en contacto con él a través de su oficina.

Algo, descubrió a la mañana siguiente, que no iba a ser tan fácil como esperaba.

—¿Con quién quiere hablar? —le preguntó una telefonista.

—Con Jack Dangerfield. Es un asunto... personal.

—Un momento, por favor.

—¿Dígame? —inquirió una segunda voz.

—Quiero hablar con el señor Dangerfield —insistió Leyne—. Pero es un tema personal.

—El señor Dangerfield estará fuera de la oficina toda la semana. Pero si es algo personal, quizá podría enviarle una carta —sugirió la secretaria.

Frustrada, Leyne sólo logró calmarse echando mano de sus buenas maneras.

—Muy bien, gracias. Lo haré —contestó antes de colgar.

Pero ella podía ser tan obstinada como lo era toda su familia.

De modo que sacó papel y lápiz y se dispuso a escribir:

Señor Dangerfield,

Necesito hablar con usted urgentemente sobre un asunto familiar.

Sintió la tentación de añadir algo del tipo «en lugar de salir con señoritas guapas, debería dedicar parte de su tiempo a su hija». Pero antes de nada quería verlo.

A pesar de que en la fotografía del periódico parecía una persona agradable, podría ser un ogro, un egoísta, un frívolo… alguien con quien no quisiera que Pip mantuviese contacto alguno. De modo que después de escribir la breve nota, la firmó:

Atentamente,

Leyne Rowberry

Pero la nota no sirvió de mucho porque pasó una semana sin recibir noticias de Jack Dangerfield. No había querido darle su número de móvil ni el número de la oficina, pero sí había anotado su número de teléfono y la dirección de su casa.

Y, a pesar de todo, no había recibido respuesta. Quizá Jack Dangerfield había pensado que era una broma o algo así.

Pip había sufrido un pequeño ataque de asma el día anterior. Nada alarmante, pero Leyne estaba preocupada y no dejaba de preguntarse si la niña estaría realmente obsesionada con encontrar a su padre. Leyne le tomó la temperatura el lunes por la mañana, antes de decidir que podía ir al colegio.

Luego esperó hasta las diez y volvió a llamar a Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield.

—El señor Dangerfield, por favor —le dijo a la telefonista. Naturalmente, la telefonista le puso con una secretaria—. ¿El señor Dangerfield está en su oficina esta semana? —preguntó Leyne, con su tono más profesional.

—Sí, está aquí. Pero está muy ocupado. Si no le importa dejarme su número…

Que Jack Dangerfield estuviera en su oficina era todo lo que Leyne necesitaba saber.

—No, gracias —dijo, antes de colgar.

Luego llamó a Dianne Gardner.

—Tengo un pequeño problema.

—¿Qué ocurre? —preguntó la madre de Alice.

—Puede que no llegue a tiempo para recoger a Pip. ¿Te importa que se quede con Alice hasta que llegue de la oficina?

—No, en absoluto. Y no tengas prisa. Pip puede cenar con nosotros —contestó Dianne.

El acuerdo recíproco siempre funcionaba muy bien entre ellas.

—Estupendo. Muchas gracias.

Leyne fue a ver a su jefe después de comer.

—Necesito un par de horas libres. ¿Te importa si trabajo desde casa?

Tad Inglefield suspiró dramáticamente.

—Será una tarde muy aburrida sin ti —contestó, mirando con admiración su bonito pelo y sus delicadas facciones—. Pero si puedes limpiar tu escritorio antes de irte nos harías un favor. Ya sabes que estamos con la mudanza...

—No te preocupes, estaré aquí mañana a primera hora —le prometió Leyne que, armada con un montón de carpetas de archivo que tendría que revisar por la noche, bajó al aparcamiento. Pero en lugar de irse a casa, se dirigió a las oficinas de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield.

Su secretaria le había dicho que Jack Dangerfield estaba en su despacho. Y no importaba lo ocupado que estuviera. Leyne podía esperar.

Alegrándose de que no estuviera lloviendo como era lo normal en octubre, aparcó el coche y buscó un sitio cerca de la puerta para verlo salir. Sin duda, el presidente de una empresa tan importante no trabajaría de nueve a cinco de la tarde, pero Leyne estaba dispuesta a esperar lo que hiciera falta, aunque fuese hasta medianoche... aunque de ser así tendría que llamar a Dianne.

Pero esa llamada de teléfono fue innecesaria por que a las cuatro y media las puertas de cristal de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield se abrieron y un hombre al que reconoció inmediatamente por la fotografía del periódico salió maletín en mano.

Caminaba muy deprisa y ya había bajado los escalones antes de que Leyne se recuperase de la sorpresa. Afortunadamente, se dirigía hacia ella.

—¡Señor Dangerfield! —lo llamó.

Él se detuvo para mirar a aquella chica de enormes ojos azules y curvilínea figura.

—¿Sí?

—Soy Leyne Rowberry —dijo ella entonces, mirándolo a los ojos para ver si veía en ellos un brillo de reconocimiento. No había ninguno, pero se le escapó un suave gemido. ¡Qué ojos! No había que preguntar de quién había heredado Pip sus preciosos ojos verdes. Ni el pelo negro.

—Yo... le escribí una nota —intentó explicarle.

—¿Una nota? —repitió él mirando su reloj.

—Sí, pero no me ha contestado.

—¿Y qué decía en la nota, señorita Rowberry?

—Es un asunto familiar —contestó Leyne—. De su familia.

A él no pareció gustarle eso porque la miró con expresión helada. Su familia, parecían decir sus ojos, era un tema sagrado. Y no parecía dispuesto a seguir hablando con ella, porque siguió caminando.

—Para ser más precisa, le escribí una nota referente a su hija —dijo Leyne a toda velocidad.

Eso lo detuvo.

—¿Mi qué? —preguntó él, con expresión de total perplejidad. Y Leyne tuvo la impresión de que la expresión era sincera.

Pero eso no podía ser. Era imposible... ¿o no?

Capítulo 2

—Le escribí una nota sobre su hija —insistió Leyne, a pesar de todo.

Pero fue esa expresión, la genuina expresión de alguien que está oyendo hablar de algo por primera vez en su vida, lo que hizo que Leyne vacilase.

—Sabe que tiene una hija, ¿no? —preguntó.

Empezaba a encontrarse un poco incómoda. Si no sabía nada de Pip, podría pensar que era una loca.

—Es usted una chica muy atractiva, señorita… Rowberry. Incluso preciosa diría yo, con la luz adecuada. De modo que, si nos hubiéramos conocido, en el sentido bíblico quiero decir, estoy seguro de que me acordaría.

Leyne se puso colorada. Pero la vergüenza se mezcló con la rabia.

—Su hija quiere saber quién es usted… quiere saber su nombre al menos. Y quiere saber también si…

—No lo creo posible. No puede tener usted una hija tan mayor como para preguntar…

—Tengo veintitrés años —lo interrumpió Leyne, impaciente con él y con ella misma—. Pip, Philippa, tiene once años… Bueno, cumple doce el próximo mes de abril. Y…

—Y usted es su madre, claro —terminó Dangerfield la frase.

—No, soy su tía. Max… Maxine, mi hermanastra, es su madre.

—Maxine Rowberry —murmuró él—. No la conozco, de modo que no puedo ser el padre de esa niña.

—Su apellido no es Rowberry, sino Nicholson.

—Da igual —replicó él, desinteresado—. ¿Por qué su hermanastra no le ha dicho a la niña quién es su padre?

—Max quería hacerlo, pero…

—¿Por qué no me ha escrito ella misma? —la interrumpió Jack Dangerfield, mirándola fijamente.

Además de los ojos verdes, ¿a quién le recordaba esa mirada fija? No tenía que preguntárselo dos veces.

—Mi hermanastra está fuera del país y no volverá hasta dentro de seis meses. En su ausencia, yo soy la tutora de Pip.

—Ah, ya —Jack Dangerfield volvió a mirar el reloj. Parecía tener toda la información que necesitaba sobre el asunto—. Perdone, pero tengo una reunión urgente.

—¡Señor Dangerfield! No puede marcharse así.

—Me temo que debo hacerlo. Si me ha escrito, su carta estará en el archivo de mi oficina. Mi ayudante se pondrá en contacto con usted.

—Pero… —Leyne intentó protestar, pero no sirvió de nada porque él se había alejado a paso rápido y estaba hablando sola.

Sintiendo como si le hubieran dado con una puerta en las narices y convencida de que su ayudante no se pondría en contacto con ella, subió a su coche y se dirigió a casa.

Cuando se hubo calmado un poco llamó a Dianne Gardner para decirle que había vuelto antes de lo previsto y quería ir a buscar a Pip.

—Si tienes trabajo no hace falta que vengas ahora mismo —le aseguró Dianne—. Las niñas están bien. Y si quieres que te diga la verdad, cuando Pip está aquí Alice se porta mejor.

Leyne colgó y miró el trabajo que debía terminar esa misma noche.

Pero no empezó a trabajar de inmediato. No, estuvo recordando su encuentro con Jack Dangerfield. Aunque más que un encuentro había sido un desencuentro. O un asalto, ya que se había colocado delante de él sin darle tiempo para apartarse.

No se avergonzaba de lo que había hecho. Era él quien debería sentirse avergonzado. ¿Cómo se atrevía a dudar de su palabra? Además, el parecido era evidente. Tanto Pip como él tenían el pelo negro y los ojos de un color verde muy particular.

Claro que si él no conocía a la niña no podía saberlo, pensó después.

De todas formas… ¿cómo podía haberse ido sin escucharla siquiera? Aunque parecía cierto que no sabía nada de su hija, había

sido una grosería dejarla con la palabra en la boca.

Bueno, pues ella no pensaba dar marcha atrás. «Mi ayudante se pondrá en contacto con usted». Sí, seguro. Pues muy bien, le daría un par de días, pero si no había sabido nada de él el próximo lunes, volvería a esperarlo en la puerta de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield.

Y seguiría haciéndolo hasta que pudiese hablar con él largo y tendido.

La firme resolución de Leyne se resquebrajó cuando fue a buscar a Pip a casa de Alice y la niña entró en el coche mirándola con expresión seria.

—¿Por qué has llegado tarde?

—Pues...

—¿Tiene algo que ver con mi padre?

No podía mentirle. La miraba con tal esperanza...

—Cariño… la verdad es que he estado haciendo averiguaciones.

—¿Y?

Como había imaginado, Pip iba a insistir.

—Y lo siento, pero todavía no sé nada.

—Pero has descubierto algo por lo menos, ¿verdad?

—Sí, bueno...

—Cuando descubras quién es mi padre... ¿podré conocerlo?

A Leyne se le encogió el corazón.

No sabía desde cuándo Pip había empezado a pensar en su padre o cuándo había nacido esa necesidad de conocerlo. Pero le pareció que lo mínimo que debía hacer era prepararla. Porque el hecho era que su padre intentaba negar que era su padre.

Leyne abrazó a su sobrina.

—Tienes que prepararte para una desilusión, cariño.

—¿Por qué?

—Porque quizá él no quiera conocerte.

La respuesta de Pip fue una sonrisa de oreja a oreja.

—Querrá conocerme, ya lo verás. Lo sé... estoy segura.

—Sí, bueno...

Pero su sobrina no parecía desalentada en absoluto.

—¿Quieres que te haga un café? —le preguntó nada más entrar en casa.

Leyne se preguntaba cómo podía estar tan segura de que su

padre querría conocerla. Al fin y al cabo habían pasado más de once años y él nunca había hecho ninguna averiguación sobre su existencia. Pip no debía saber que Jack Dangerfield desconocía que tuviera una hija y mucho menos que negaba conocer a su madre.

Y no por primera vez, Leyne deseó que su hermanastra estuviera en casa para resolver aquel problema.

Pero, como si la hubiera conjurado. Max llamó por teléfono esa noche. Aunque Leyne no supo que era Max hasta que fue demasiado tarde.

Estaba en el estudio trabajando, concentrada en la pantalla del ordenador, cuando sonó el teléfono. Distraída, iba a levantarse cuando oyó a Pip en el salón decir que lo haría ella. Leyne sonrió. Alice y su sobrina se habían despedido una hora antes, pero como adolescentes que eran, tenían miles de cosas que contarse.

Curiosamente, Pip no estuvo hablando por teléfono durante mucho tiempo porque enseguida entró en el estudio.

—Era mi madre... pero ya ha colgado.

—¿Qué? Tenía que hablar con ella, Pip.

—Me dijo que tenía mucha prisa, así que sólo llamaba para decir hola antes de irse otra vez… no sé dónde. Dice que no sabe cuándo podrá volver a llamar y que siente no haber podido llamar antes, pero que no puede usar el móvil porque se le cayó en un río.

—¿En un río? —Leyne hizo una mueca.

—Me ha dicho que te dé un beso de su parte y que «la bestia» se ha calmado un poco. Pero creo que se puso como loco cuando, además del móvil, se le cayeron algunas de sus cosas en el río.

Había muchas cosas que Leyne habría querido preguntarle a Max, pero ya era demasiado tarde.

—¿Y estás contenta de haber hablado con ella? —suspiró.

—Sí —asintió Pip—. Me habría gustado preguntarle por mi padre... pero no he podido hacerlo. Y luego me dijo no sé qué de unas tribus del Amazonas a las que estaban fotografiando, pero que quería oír mi voz antes de que ella y su caballero de oxidada armadura siguieran adelante con el viaje.

Pip se fue a la cama encantada de haber hablado con su madre, sin percatarse de la agitación de su tía.

De modo que a Max se le había perdido el móvil... Eso explicaba que no hubiera llamado antes. Pero si hubiese llamado veinte

minutos después habría podido hablar con ella para preguntarle qué debía hacer sobre el asunto de Jack Dangerfield. Claro que Max había llamado a esa hora precisamente porque sabía que Pip estaría levantada... y la pobre no tenía ni idea de lo que estaba pasando en aquella casa.

Leyne pensó entonces en Jack Dangerfield, el incauto padre de la niña. ¿O no era tan incauto? ¿Estaría fingiendo?

No sabía qué había pasado entre Max y Jack Dangerfield, pero quizá él estuviera mintiendo... Pero no, al recordar su expresión de total perplejidad Leyne tuvo que reconocer que no sabía nada. Hasta aquel día. Jack Dangerfield no sabía que su aventura con Max hubiera dado como resultado una hija.

Una hija a la que intentaba negar. Pues lo llevaba claro.

Era hora de hacer frente a sus responsabilidades. El hecho de que como presidente de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield fuera una persona responsable no quería decir nada. Era responsable en su vida profesional, pero no podía decirse lo mismo de su vida privada.

Dianne Gardner tuvo que volver a marcharse para cuidar de su tía y no volvería en unos días. Estaba preocupada porque su ex marido tenía mucho trabajo y no podía encargarse de Alice, pero Leyne le aseguró que ella podría hacerlo. De modo que el martes llevó a las niñas al colegio y luego se dirigió a su oficina para llevarle a su jefe el trabajo que había terminado la noche anterior. Después de explicarle que debía seguir trabajando en casa durante unos días, llenó su maletín de carpetas y volvió a bajar al aparcamiento.

Era mejor trabajar desde casa porque si la ayudante de Jack Dangerfield llamaba, estaría allí para contestar.

Pero la llamada no llegó. Y para el jueves, Leyne decidió que aquello había ido demasiado lejos. La noche anterior había vuelto a ver a Pip mirándola con esa expresión tan seria... La niña quería saber algo.

Si ella se sentía incómoda, sólo podía imaginar la angustia de su sobrina. De modo que en cuanto tuvo un momento cerró la puerta de su despacho, marcó el teléfono de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield y pidió hablar con el presidente.

—Soy Leyne Rowberry y quiero hablar con Jack Dangerfield.

—Un momento, señorita Rowberry. Voy a ver si puede ponerse —contestó la secretaria.

Leyne esperó, convencida de que unos segundos después la secretaria le diría que el señor Dangerfield había tenido que marcharse a Tombuctú o a algún sitio parecido. Pero, para su sorpresa, él se puso al teléfono.

—Dígame, señorita Rowberry.

—Señor Dangerfield —murmuró Leyne, sin saber qué decir.

—Sí, soy yo. Me ha llamado usted —le recordó él.

—Sí... pero usted dijo que se pondría en contacto conmigo —replicó Leyne entonces, enfadada.

—¿Ah, sí?

—¿Está usted jugando conmigo?

—No sería mala idea —contestó él, en tono de broma—. ¿O esperaba que la tomase en serio?

—¡Pues claro que sí! Estamos hablando de algo muy importante. Yo cuido de una niña de once años que es muy vulnerable y que día tras día espera que pueda darle noticias de su padre.

Al otro lado del hilo hubo una pausa, como si Jack Dangerfield estuviera pensando en lo que había dicho. Luego, con tono más razonable, lo oyó decir:

—Desde mi punto de vista, señorita Rowberry, ya le he contestado. Yo no soy el padre de esa niña. Pero veo que no me cree...

—¡Pues claro que no lo creo!

—¿Por qué no me dice qué la ha convencido de que yo soy el padre? ¿La niña tiene la marca de nacimiento de los Dangerfield?

—Pip no tiene ninguna marca de nacimiento —contestó Leyne, sorprendida.

—Ah, menos mal, porque no existe tal marca.

—¿Está riéndose de mí?

—No, usted está intentando que admita ser el padre de una niña, pero no es verdad. Y de nuevo le pregunto: ¿por qué está tan segura de que lo soy?

—Se lo pregunté a mi madre.

—¿A la madre de la niña?

—No, a mi madre.

—Ah, ya.

—La niña se llama Philippa, pero la llamamos Pip —siguió Leyne, sin saber qué decir—. Y ya le dije que su madre está fuera del país. Por eso le pregunté a mi madre.

—Entonces, supongo que era usted muy joven cuando yo, supuestamente, me di un revolcón con su hermanastra, pero...

—Oiga, mire —lo interrumpió Leyne—. Mi hermanastra no es ninguna fresca. Es una persona cariñosa y responsable y no se da revolcones con nadie. Supongo que usted significó algo para Max y no pienso dejar que hable de ella como si...

—Así que su hermanastra le contó a su madre que yo era el padre de la niña —la interrumpió Dangerfield.

Leyne tuvo que contar hasta diez.

—Max no tuvo que contarle nada. Usted era el único hombre con el que salía mi hermanastra en ese momento.

—Ah, ya veo. Entonces, me parece que lo mejor será que vaya a hablar con su madre.

—¿Para qué? Mi madre no vive con nosotras. Además, ella no lo conoció personalmente.

—¿Ah, no? ¿Nunca me invitaron a un café? ¿Nunca fui a buscar a su hermanastra a casa?

—¡Usted sabe perfectamente que sí! Pero nunca entró, se quedaba esperando en la puerta.

—¿Tampoco conocí a su padre? —preguntó él, sin disimular su escepticismo.

—Pues no, no lo creo. Creo que fue cuando mi padre cayó enfermo... murió un año después.

—Ah, lo siento. ¿Con quién vive usted ahora? —preguntó Jack Dangerfield entonces.

—¿Eh?

—Ha dicho que su madre no vive con usted.

—No, mi madre vive con su marido.

—Entonces, ¿con quién vive usted?

—Con Pip y con Max. Vivimos en nuestra antigua casa... la de mis padres. Mi madre volvió a casarse y se marchó a vivir a Hertfordshire —contestó Leyne. Y como no tenían que pagar alquiler, las tres podían vivir con cierta holgura—. Pero no entiendo qué tiene esto que ver y...

—Y yo soy un hombre muy ocupado, señorita Rowberry.

—Yo también lo soy, señor Dangerfield.
—¿Trabaja y cuida de… Philippa?
—No es tan difícil. Además, puedo trabajar desde casa cuando es necesario —contestó ella. Entonces se le ocurrió algo—. No estoy buscando su dinero. Por favor, no piense eso ni por un momento. Pip tiene todo lo que necesita. No es una cuestión económica. Pero es que… ha llegado a una edad en la que se hace preguntas y lo único que quiere saber en este momento es quién es su padre —Leyne dejó escapar un largo suspiro—. No podría haber ocurrido en peor momento, además.
—Sí, ya veo —murmuró Dangerfield, como si entendiera.
—Además, Pip quiere conocerlo personalmente.
De repente, el tono de Dangerfield cambió por completo:
—Pues no cuente conmigo.
—Oiga, no crea que esto es fácil para mí. ¡Le aseguro que tendría que conocerlo un poco más antes de presentárselo a mi sobrina!
—Mire, señorita… ¿qué quiere de mí?
—Quiero saber si puedo decirle su nombre a Pip.
—¿No puede decirle que su padre ha muerto? Que se tiró desde un precipicio o algo parecido.
Leyne, de nuevo, tuvo que contar hasta diez.
—No pienso mentirle, señor Dangerfield —replicó, irritada—. No se está tomando esto en serio y debería hacerlo.
—Me resulta muy difícil tomarme esto en serio porque yo no soy el padre de esa niña. Dígame, ¿dónde está su hermanastra ahora?
—Ya se lo he dicho. Fuera del país. Es fotógrafa y está trabajando en Suramérica.
—¿Suele viajar mucho?
—No —admitió Leyne—. Esta es la mejor oportunidad de su vida. Cuando Ben Turnbull le pidió que fuera con él…
—¿Está con Ben Turnbull? —La interrumpió Dangerfield—. Entonces debe de ser una buena fotógrafa.
—Pues claro que lo es. Al principio no quería irse porque era un viaje de seis meses, pero Pip y yo la convencimos.
—De modo que se ha ido del país y la ha dejado a usted a cargo de la niña.
—Pip no es ninguna carga.

—Pero su hermanastra se ha ido y la ha dejado a usted con el problema.

—Pip es mi sobrina y yo soy su tutora. Y me encanta estar con ella. ¡No es ningún problema, señor Dangerfield!

—Ya.

—Llevo con Pip desde el día que nació, de modo que es casi tan hija mía como de mi hermanastra. No es ningún problema cuidar de ella.

—Pues a mí me parece que tiene usted un problema.

Leyne se mordió los labios.

—Es que no se me había ocurrido que Pip quisiera...

—A ver si la entiendo. La niña, Pip, no se quedará satisfecha sencillamente aceptando cualquier nombre que usted se saque de la manga.

—¡Yo no tengo que sacarme ningún nombre de la manga! Usted es el padre de Pip, señor Dangerfield.

—Mire, me parece que lo mejor sería que se pusiera en contacto con su hermanastra para aclarar esto de una vez. Exíjale que le diga la verdad...

—¿Qué clase de hombre es usted? —Lo interrumpió Leyne—. Si fuera una persona decente...

—Precisamente porque soy una persona decente no pienso seguir hablando con usted mientras tengo otras llamadas esperando —la cortó él, antipático—. Creo que ya le he dado a este asunto mucho más tiempo del que debería. Y ahora, si me perdona...

—¡No se le ocurra colgar! —gritó Leyne—. No sé qué pasó entre Max y usted hace doce años y no entiendo por qué se niega a aceptar su responsabilidad, pero...

—Soy un hombre muy ocupado, señorita Rowberry. Cuando tenga tiempo la llamaré.

—¡No me va a llamar! —gritó ella, desesperada.

—La llamaré —repitió Dangerfield. Y le gustase a Leyne o no, que no le gustó nada, colgó inmediatamente después.

Durante unos minutos, no había insultos suficientes para él, pero cuando logró calmarse se preguntó si de verdad la llamaría. Seguramente no. ¿Y qué podía hacer ella?

Frustrada, Leyne empezó a preguntarse qué había querido conseguir con esa llamada. ¿Qué esperaba, que se mostrase

entusiasmado con la idea de tener una hija de la que no había sabido nada en once años?

Keith Collins entró en ese momento en el despacho, interrumpiendo sus pensamientos.

—Hola.

—Ah, hola. ¿No estás enfadado conmigo?

—¿Por qué iba a estarlo? —Sonrió Keith, mirándola con una expresión que no le gustó mucho, la verdad—. Tenía ganas de verte.

—Gracias.

—¿Cuándo podemos salir juntos?

—Pues mira, creo que mañana estaré libre.

Luego llamó a Dianne para preguntarle si Pip podía dormir en su casa al día siguiente.

Dianne se mostró encantada, afortunadamente, y Leyne empezó a desear que llegase el viernes. El asunto de Jack Dangerfield estaba empezando a agotarla.

Cuando llegó a casa, comprobó los mensajes del contestador, pero no había ninguno. Jack Dangerfield, por supuesto, no llamó esa noche. Y por la mañana, mientras llevaba a Pip al colegio, Leyne se enfureció al darse cuenta de que, de nuevo, Dangerfield había vuelto a reírse de ella.

Por la noche, cuando volvió a casa, tampoco había mensaje alguno. Pero no tenía su teléfono particular, de modo que no podía hacer nada hasta el lunes.

Keith Collins no pareció muy contento cuando supo que su cita con Leyne esa noche iba a terminar temprano. Pero, como era una persona normal, o eso pensaba Leyne, aceptaba que si quería salir con ella tendría que aceptar también algunas condiciones.

Leyne disfrutó de la cena y disfrutó de su compañía. Y también disfrutó del beso que le dio en el aparcamiento del restaurante.

—¿Seguro que no quieres que tomemos un café en mi casa? —le preguntó Keith.

—Lo siento, no puedo —contestó ella—. Mañana tengo un millón de cosas que hacer. Quizá la semana que viene.

A la mañana siguiente se levantó temprano para ir a buscar a Pip. La niña ya había metido sus cosas en la bolsa de deporte, pero a Leyne le gustaba comprobar que lo llevaba todo. Cuando estaba sacando el coche del garaje, su sobrina salió corriendo para decir

que la madre de Alice estaba al teléfono.

—¿Te importa si llevo yo a las niñas a la piscina? —Le preguntó Dianne Gardner—. Mi hija dice que siempre las llevas tú y tengo la impresión de que si no voy empezará a pensar que soy la peor madre del mundo.

Leyne contestó que no le importaba en absoluto y, como tenía la mañana libre, sacó la aspiradora y se dispuso a hacer tareas domésticas. No le gustaba mucho, pero como no podía vivir en una casa sucia tenía que hacerlo le gustase o no.

Acababa de apagar la aspiradora cuando sonó el teléfono. ¿Sería Max?

—Hola, soy Jack Dangerfield.

Por un momento, Leyne no supo si se alegraba o lamentaba volver a saber de aquel hombre.

—Me alegro de que haya llamado —dijo por fin.

—Ya le dije que lo haría. Podemos vernos esta mañana si le parece.

Leyne estuvo a punto de decir que había sido una suerte que la encontrase en casa, pero se contuvo. Al fin y al cabo, era ella quien quería verlo.

—Pip volverá a casa alrededor de las doce y... —y no tuvo que decir nada más porque Jack Dangerfield había colgado.

Leyne se quedó mirando el teléfono con cara de sorpresa. Qué grosero. Dangerfield sabía su dirección por la carta, pero ni siquiera le había pedido indicaciones para llegar.

Un segundo después pensó que, al contrario que su viejo coche, seguramente Dangerfield tendría un deportivo de ésos con navegación por satélite. Sólo tendría que meter los datos en el pequeño ordenador y el propio coche lo llevaría hasta su casa y... ¡pero claro que sabía cómo llegar a su casa!, pensó entonces. Porque doce años antes había ido a buscar a Max en varias ocasiones.

Como imaginaba, Jack Dangerfield no tuvo la menor dificultad en encontrar la casa porque cinco minutos después, cuando Leyne apenas había tenido tiempo de guardar la aspiradora, había un deportivo negro aparcado detrás de su coche.

Nerviosa, entró en el lavabo a toda velocidad para arreglarse un poco. Iba a quitarse la cinta del pelo cuando sonó el timbre.

—Veo que ha encontrado la casa —dijo, a modo de saludo.

—No ha sido difícil.

—Pase, por favor. ¿Quiere un café?

—No, gracias. Quiero marcharme antes de las doce.

«Pues qué bien», pensó Leyne. Tampoco ella quería que Pip lo viera. Decidida a mostrarse educada, Leyne se sentó en uno de los sillones y se relajó un poco cuando él hizo lo mismo. Jack Dangerfield era muy alto y, aun sentado, parecía dominar toda la habitación.

Leyne estaba mirando su pelo negro, sus ojos, idénticos a los de su sobrina, cuando él interrumpió el inventario.

—Veo que su sobrina ha salido.

—Pues sí, suele ir a nadar los sábados con su amiga Alice —contestó Leyne—. La madre de Alice ha ido con ellas. Nos turnamos, ¿sabe? A veces va Dianne, a veces voy yo. Las niñas siempre están acompañadas por algún adulto —le explicó, para que no pensara que Pip salía y entraba cuando le daba la gana.

Pero podría haberse ahorrado saliva porque él no parecía en absoluto interesado.

—¿Sigue diciendo que yo soy el padre de esa niña?

¡El mismo pelo negro! ¡Los mismos ojos verdes! Además, su madre le había dado su nombre.

—No tengo la menor duda.

Jack Dangerfield la miró, impaciente. Estaba claro que no le hacía la menor gracia la idea de ser padre, particularmente de una niña a la que no conocía de nada.

—¿Su madre está fuera del país?

—Ya se lo expliqué el otro día —suspiró Leyne.

—¿En Australia?

—¿Cómo que en Australia? Yo no le he dicho que Max estuviera en Australia.

—Pero ha estado en Australia.

—No, mi hermanastra no ha estado nunca en Australia. Puede que vayan allí antes de volver a Inglaterra, pero si lo hace será la primera vez.

Él se encogió de hombros.

—Ah, entonces debía de estar pensando en otra persona.

—Sin duda —replicó Leyne. No le sorprendería nada que tuviese novias en todos los confines del planeta. Al menos, eso era lo que

decía el periódico.

—Debo decirle, señorita Rowberry… —empezó él entonces, muy serio. Iba a decir algo, pero los ojos azules de aquella chica lo distraían de una forma extraña—. Debo decirle que… me gustaría tomar un café después de todo.

Leyne fue a la cocina, sintiéndose un poco decepcionada. Aunque no sabía qué había esperado que dijera. Parecía decidido a no reconocer a Pip… y no tenía ni idea de qué podría hacer ella si así fuera.

Volvió al salón con una bandeja, sabiendo que, por su sobrina, debía mostrarse amable con aquel hombre.

—Ojalá Max no hubiera perdido su móvil —suspiró.

—¿Lo ha perdido?

—No puedo ponerme en contacto con ella a menos que sea una emergencia. Max tiene que cargar con mucho equipo y, por lo visto, se le cayó el móvil a un río —explicó Leyne.

—De no ser así, usted la llamaría para contarle lo que pasa.

—La llamaría para preguntar qué debo hacer. Yo sé que usted es el padre de Pip. Perdone que sea tan clara, pero no entiendo cómo es posible que los hombres… algunos hombres… se acuesten con una mujer y luego se olviden por completo de ella.

—Ya —murmuró Dangerfield.

—Max no es ese tipo de chica. Mi hermanastra no es promiscua, no lo ha sido nunca.

—¿Y por eso cree que puede cargarme con la paternidad de, la niña?

—Sé que es usted su padre. Mi madre…

—¿Quiere que le demuestre que yo no soy el padre de la niña? —la interrumpió él.

—¿Cómo va a hacer eso?

—Hay una manera muy sencilla de demostrarlo.

—¿Cuál?

—Supongo que no creería lo que yo le dijera —suspiró Dangerfield entonces—. Pero una prueba de ADN lo dejará bien claro.

Leyne lo miró, incrédula. ¿Quería hacerse una prueba de ADN?

—No —dijo entonces.

—¿No confiaría en una prueba de ADN? —preguntó Dangerfield,

levantando las cejas.

—Sí, claro que confiaría en una prueba de ADN. Pero no quiero que Pip tenga que pasar por eso.

—¿Ha cambiado de opinión? ¿Me cree ahora?

—No he dicho eso.

—¿Entonces? Le aseguro que yo pagaría todos los gastos. O solucionamos esto de una vez por todas con una prueba...

—¡No quiero darle un disgusto a Pip!

—¿No le ha dicho que yo soy, supuestamente, su padre?

—¡Pues claro que no!

—Entonces... si yo le ofrezco la posibilidad de demostrar que no soy el padre y usted se niega es porque acepta que no soy el padre de la niña.

—No, no es eso —replicó Leyne—. Pip es una cría muy sensible... y tiene un problema de asma.

—¿Cómo?

—No quiero darle un disgusto —siguió Leyne—. Y no quiero que tenga que pasar por algo tan sórdido.

—¿Sórdido? —repitió él.

—Pip es una niña muy inteligente. Si tuviera que hacerse un análisis de sangre, sabría para qué es.

Jack Dangerfield pareció pensarlo un momento.

—No tiene por qué ser un análisis de sangre.

—Cualquier otra prueba médica la haría pensar que pasa algo, estoy segura —insistió ella.

Dangerfield la miró con esa expresión tan directa que Leyne conocía bien porque su sobrina miraba exactamente de la misma forma. No podía haber ningún error, aquel hombre era el padre de la niña.

—Pues entonces, decida usted, señorita Rowberry.

—No sé, supongo que... podría quitar algunos cabellos de su cepillo —sugirió Leyne—. Quizá ahí habría ADN suficiente como para hacer la prueba.

—Muy bien. Podríamos probar.

—Espere un momento.

Leyne subió a la habitación de su sobrina. Como había supuesto, en el cepillo había suficientes cabellos como para satisfacer a cualquier científico. Pip estaba en esa edad en la que se pasaba el

día peinándose, claro. Luego entró en el cuarto de baño y reemplazó su cepillo de dientes por uno nuevo, algo que hacía cada tres o cuatro meses, de modo que Pip no sospecharía nada. Después fue a la cocina y lo guardó todo en dos bolsitas de plástico.

—Tome, he incluido su cepillo de dientes —le dijo a Dangerfield —. Quizá el ADN se haya ido con el agua, pero nunca se sabe.

Él se levantó, pero no abrió las bolsas. Una pena, pensó Leyne, porque si lo hubiera hecho habría visto que el pelo de la niña era exactamente igual al suyo.

—Estaremos en contacto —le dijo, antes de abrir la puerta.

Estaba a punto de salir cuando otro coche se detuvo frente a la casa. ¡Era el coche de Dianne Gardner!

—¡Oh, no! —exclamó Leyne. No quería que Pip viera a Jack Dangerfield, pero allí estaba la niña, corriendo hacia el porche como siempre, con la bolsa de deporte al hombro—. Llega antes de lo que yo esperaba.

—¿Philippa?

—Sí… bueno, Pip.

Capítulo 3

Leyne no sabía qué hacer, pero Jack Dangerfield guardó las dos bolsas en el bolsillo de la chaqueta a toda prisa.

—Llegas muy temprano —sonrió Leyne, fingiendo un alegre tono de voz.

—Alice tuvo un accidente —contestó Pip, mirando al desconocido.

—¿Un accidente? ¿Qué ha pasado?

—Se tiró de cabeza a la piscina y se hizo daño en una muñeca, pero ha sido muy valiente —contestó la niña—. Su madre la ha regañado porque hay una nota en la pared avisando de que no se puede uno tirar de cabeza en la parte que no es honda y... —Pip no dejaba de mirar al extraño, fascinada—. La señora Gardner ha ido al hospital porque dice que Alice tiene un esguince o algo así... Hola —saludó por fin al extraño.

—Hola —dijo él.

—Te presento al señor Dangerfield, Pip —dijo Leyne entonces.

Evidentemente, a Jack Dangerfield no le había pasado desapercibido que la niña tenía el pelo y los ojos del mismo color que él. Pero su voz no traicionaba sus pensamientos.

—Tú debes de ser Philippa.

—Todo el mundo me llama Pip —contestó la niña solemnemente —. Mi madre es fotógrafa. ¿La conoce?

Leyne tuvo que contener el aliento. Si Jack Dangerfield no se había dado cuenta del parecido debía de ser ciego. Pero Pip sí se había dado cuenta, estaba claro. Instintivamente, Leyne le pasó un brazo por los hombros para protegerla, un gesto que a Dangerfield no le pasó desapercibido.

—No, Pip, no conozco a tu madre, pero estoy muy contento de

haber conocido a su hija —sonrió, con una sonrisa que habría enamorado a cualquiera.

Pip se puso colorada pero, por decepción o por timidez, no dijo una palabra. Leyne, al rescate, sonrió también. Dangerfield, fuera el padre de Pip o no, había destrozado cualquier esperanza de la niña con esa frase.

—Lo acompaño al coche.

—Gracias por el café —dijo él—. Adiós, Pip.

—Adiós —consiguió decir ella.

—Es una niña inteligente —murmuró Dangerfield cuando se acercaron al coche.

—Ya se lo dije.

—Estaremos en contacto.

Y después de eso, se alejó con el deportivo sin esperar respuesta. Leyne volvió a su casa y cerró la puerta a toda prisa.

—¡Pensé que era él! —exclamó Pip con tristeza.

—Lo siento, cariño, ya sé que esto no es fácil para ti, pero tienes que ser paciente —intentó consolarla Leyne—. Sigo intentando averiguar quién es... Bueno, cuéntame que ha pasado con Alice.

Sólo cuando Pip estuvo en la cama por la noche. Leyne tuvo tiempo para repasar lo que había ocurrido ese día. Nada, en realidad. Jack Dangerfield insistía en que no era el padre de Pip y hasta que tuvieran el resultado de la prueba de ADN lo mejor sería dejar de pensar en el asunto.

¿Y si no era el padre de Pip?, se preguntó entonces. ¿Y si su madre estaba equivocada? De ser así, lo había puesto en una situación muy incómoda... sin ningún motivo. En fin, mejor dejar de pensarlo, se dijo.

Dianne Gardner había pasado por allí cuando volvió del hospital para decir que, afortunadamente. Alice sólo tenía un pequeño esguince.

—Menos mal —sonrió Leyne—. Había pensado llevar a las niñas de compras mañana. Pip necesita unas zapatillas de deporte y...

—¡Sí! —exclamaron las dos niñas a la vez, encantadas.

Elegir las zapatillas adecuadas no era tarea fácil con dos niñas de once años, pero Pip volvió a casa contenta y Alice, con la muñeca vendada, se había olvidado por completo del contratiempo.

Keith había llamado por la noche para saber si podían salir.

Imposible, le contestó. Pero Leyne no pensaba en Keith mientras miraba, distraída, la pantalla de la televisión.

Pensaba en Jack Dangerfield.

Según él, no era el padre de Pip. Y si era verdad, entonces no había mentido al decir que no conocía a Max. Además, si era cierto, al decirle a Pip que no conocía a su madre había intentado evitar que la niña se llevara una desilusión.

Pero tenía que serlo. Tenía que ser el padre de Pip. Ella confiaba en su madre. Y aunque le resultaba difícil creer que Jack Dangerfield hubiera olvidado su relación con Max, estaba segura de que él debía saber que era el padre de la niña.

¿Qué esperaba conseguir con la prueba de ADN?, se preguntó. Aparte de que Max no se acostaba con cualquiera, el parecido entre Pip y él era evidente.

Leyne no sabía cuánto tardaría en llegar el resultado de la prueba, pero seguramente una semana, quizá más, ya que había que hacerlo con unos cabellos y no con un análisis de sangre. De modo que debía ser paciente.

Pero pasaban los días y Jack Dangerfield no llamaba. Y Leyne empezó a preguntarse si iba a llamar algún día. Y aunque llamase, pensó entonces, ¿le diría la verdad sobre el resultado de la prueba?

Bueno, pues si pensaba que iba a creerlo sin comprobar el resultado por sí misma estaba muy equivocado. Y si no le mostraba los resultados ella misma encargaría otra prueba. Aunque... ¿de dónde iba a sacar cabellos de Jack Dangerfield si él no quería cooperar?

Además de esperar la llamada de Jack Dangerfield, Leyne también esperaba que su hermanastra llamase. Sería todo mucho más sencillo si pudiese hablar con ella para pedir su aprobación... bueno, y para preguntarle directamente si Jack Dangerfield era el padre de Pip.

Pero Max no llamó y tampoco lo hizo el presidente de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield. Max había dicho que se mantendría en contacto con ellas y que no se preocupasen si no llamaba, pero Leyne empezaba a preocuparse seriamente.

Pasaron tres semanas sin noticias ni de uno ni de otra y Leyne pasó de preocupada a furiosa y de furiosa a iracunda. Aquello no podía ser. Pero, claro, para Jack Dangerfield era muy fácil porque él

no tenía que enfrentarse cada día con la mirada de Pip. Con la silenciosa pregunta de una niña de once años:

«¿Quién es mi padre?»

Durante esas semanas había hablado varias veces con su madre y su madre le había aconsejado que tuviera paciencia. Pero con la mirada de Pip clavada en ella cada día, Leyne empezaba a perder la paciencia. Había salido con Keith Collins en varias ocasiones, pero sólo para volver a casa antes de medianoche y correr al contestador para saber si había noticias. Pero no. Ni Jack Dangerfield ni su hermanastra.

Nada. Silencio.

Leyne tenía una cita con Keith esa noche. Frecuentemente la llamaban otros amigos para salir, pero Keith debía de gustarle más porque sólo salía con él. No le había dicho que Pip estaba durmiendo en casa de Alice esa noche... y él no se había molestado en preguntar. Si pensaba que Pip estaba en casa no esperaría que lo invitase a tomar un café.

Mejor, pensó Leyne. Porque no le apetecía nada «tomar café» con Keith Collins.

El lunes por la mañana, en cuanto llegase a la oficina, llamaría a Jack Dangerfield. Y si se negaba a ponerse al teléfono se presentaría personalmente en su oficina para pedirle una explicación.

¡Y estaba tan furiosa que sería capaz de arrancarle una mata de pelo para hacer la prueba de ADN ella misma!

Mientras entraba en casa iba ensayando lo que iba a decirle a aquel... a aquel canalla. Pero el sonido del teléfono interrumpió sus furiosos pensamientos.

—¿Dígame? —contestó, con el corazón acelerado. ¿Sería Max? ¿Sería Jack Dangerfield?

—¿Leyne?

¡Leyne! ¿Qué había sido de «señorita Rowberry»? Pero no era el momento de discutir sobre buenas maneras.

—¿Jack? —contestó ella.

No sabía qué relación de parentesco tendrían de ser el padre de Pip pero, por su sobrina, intentaría ser amable.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

¿Que cómo estaba? ¡Más bien histérica!, le habría gustado contestar.

—¿Tienes los resultados de la prueba? —preguntó Leyne, olvidándose de las buenas maneras.

Al otro lado del hilo hubo una pausa.

—Creo que deberíamos vernos.

Leyne sonrió, aliviada. Estaba claro. El resultado era positivo. Ya no podría renegar de su paternidad. Entonces su sonrisa desapareció. O quizá no.

—¿Por qué? ¿No puedes decírmelo por teléfono?

—¿Dónde está Pip? —preguntó él.

—En casa de su amiga Alice. Puedo hablar, no te preocupes.

—Entonces, ¿estás libre? ¿Podemos cenar juntos?

Leyne abrió mucho los ojos.

—Pues mira, aunque te parezca raro, esta noche tengo una cita.

Como que a él le importaba mucho.

—Iré a buscarte dentro de una hora.

¡Iré a buscarte dentro de una hora!, Leyne miró el teléfono, incrédula. ¡Y había tenido la cara de colgar! ¿Quién se creía que era?

Pero no era una cita, pensó entonces. No, iban a hablar de Pip, evidentemente. Pero, ¿por qué no podía decírselo por teléfono? Le había dicho que la niña no estaba en casa, de modo que sólo tenía que decir: «Tengo la prueba de que soy el padre de Pip». Sólo tenía que decir eso.

Pero en fin, quizá tendría que hablar con él sobre cómo iban a darle la noticia a la niña. De modo que llamó a Keith para cancelar su cita. Otra vez. Iba a matarla, claro.

—Keith... —empezó a decir.

Cinco minutos después colgaba el teléfono, sabiendo que Keith Collins no era precisamente el hombre más feliz de la tierra en ese momento.

A pesar de no entender por qué tenía que cenar con Jack Dangerfield. Leyne subió a su habitación para ducharse y cambiarse de ropa. Ella podría haber preparado algo de cena en casa...

Aunque quizá cenar juntos en casa fuera demasiado íntimo. Quizá Dangerfield quisiera decir lo que tuviera que decir en un terreno neutral. Y eso no le gustaba. Su madre era una mujer muy seria y no hablaba por hablar y, que ella supiera, jamás había contado una mentira. Si decía que Jack Dangerfield, presidente de

Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield, era el padre de Pip, era el padre de Pip. Y tendría que buscar muchos y muy buenos argumentos para convencer a Leyne de lo contrario.

Con unos pantalones y un top de seda muy femeninos, acababa de ponerse un poco de brillo en los labios cuando vio que el coche se detenía en la puerta.

Leyne bajó al primer piso, muy seria. Que intentase negar que era el padre de Pip y ya vería cuál sería su respuesta, pensaba.

—Ya estás lista —dijo él, sorprendido.

—Y esperando —añadió Leyne.

—¿Has podido cancelar tu cita? —preguntó Jack.

—Qué remedio —replicó ella, irritada—. Keith sabe que... bueno, que tengo que cuidar de una niña, así que a veces... Pero bueno, qué se le va a hacer. Tenía que hablar contigo de todas formas.

—¿Ese Keith... es tu novio? —preguntó él.

Leyne se preguntó por qué tenía que darle explicaciones a aquel hombre.

—Sí, bueno... algo así.

Algo así. Desde luego. Por el momento, no salía con nadie más.

—¿Estás enamorada de él?

Ella lo miró, atónita. ¿Por qué demonios le hacía esa pregunta?

—¿Y tú? —preguntó a su vez—. ¿Has tenido que cancelar una cita para salir conmigo esta noche? ¿La chica con la que apareces en la fotografía del periódico es tu novia? ¿Estás enamorado de ella?

Jack soltó una carcajada.

—Tienes mucho carácter, ¿eh? —observó, divertido.

Leyne decidió no hablar de nada que no tuviera que ver con la prueba de paternidad.

Aunque él no parecía preocupado en absoluto. Y sólo cuando estuvieron sentados en el restaurante Leyne decidió que era el momento de preguntar.

—Bueno... —empezó a decir. Pero estaba nerviosa. Tantas cosas dependían de esa conversación... Sobre todo, la tranquilidad espiritual de su sobrina.

—¿Has sabido algo de tu hermanastra? —la interrumpió Jack Dangerfield.

—No, no ha vuelto a llamar, pero...

—¿Esperas que lo haga?

—Claro. Tengo que hablar con ella para contarle lo que ha pasado. Esto no es fácil para nadie.

—¿Crees que se enfadará contigo por haber hecho averiguaciones por tu cuenta?

—No, no lo creo. Max sabrá que lo he hecho con la mejor intención. Además, le dijo a mi madre que pensaba hablarle a Pip de su padre cuando fuese mayor de edad... o sea, que no tenía intención de esconderle su identidad. Pero me gustaría hablar con mi hermanastra antes de nada.

—Pero tú eres su tutora legal, ¿no?

—Así es. Bueno, no soy su tutora legal... no hemos firmado ningún papel ante notario. Pero soy su madrina y siempre me he encargado de Pip cuando mi hermanastra no podía hacerlo —contestó Leyne—. Así que... sí, soy la persona que se encarga de la niña. Y como tal, creo que tengo derecho a saber cuál es el resultado de la prueba de ADN, si no te importa. Supongo que ya tienes el resultado, ¿no? De no ser así, no tendría sentido que estuviéramos cenando juntos.

Leyne lo miró a los ojos. Estaba muy serio. Pero parecía estar tomándose su tiempo.

—¿Y bien? —insistió.

—Pues... verás, es complicado.

—¿Cómo?

—Es más complicado de lo que yo pensaba —contestó Jack.

—¿Los cabellos no han sido suficiente?

Él respiró profundamente.

—No demuestran que yo sea el padre de la niña —contestó por fin—. Hay pruebas suficientes como para demostrar que tengo una relación de parentesco con Pip, pero...

—¡Entonces eres su padre! —lo interrumpió Leyne.

—No, eso no está demostrado.

Leyne se quedó helada. Si la prueba demostraba que había una relación de parentesco entre Pip y él, tenía que ser su padre. Pero aun así, Jack Dangerfield se negaba a aceptarlo. Si fuese por ella, se habría levantado en aquel mismo instante dejándolo con la palabra en la boca, pero por Pip decidió permanecer donde estaba.

Y, respirando profundamente, intentó calmarse.

—Mi madre no miente. No me habría dicho tu nombre si no supiera con toda certeza que tú eres el padre de Pip. Ella me dijo que su padre era John Dangerfield, el presidente de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield, así que dime, ¿te llamas John Dangerfield? ¿Eres el presidente de esa compañía?

Él se quedó callado, mirándola muy serio. Y entonces, de repente, sonrió. Una sonrisa tan encantadora, tan brillante, que el corazón de Leyne se volvió loco.

—Mis amigos me llaman Jack.

Ella misma lo había llamado Jack unos minutos antes.

—¿No quiere admitir su paternidad, señor Dangerfield? —replicó Leyne, airada, volviendo a llamarlo de usted—. Incluso teniendo la prueba de que existe un parentesco entre Pip y usted, ¿se niega a admitir que es el padre de la niña?

—Las pruebas no son concluyentes —contestó él—. Y aunque acepto que existe una relación de parentesco entre nosotros, no admito ser su padre.

Ella lo miró, atónita.

—Pues entonces, me parece que no queda nada más por decir —dijo, levantándose.

Pero Jack Dangerfield la sujetó del brazo.

—Espera, no te vayas. Tengo que decirte algo más.

—¿Ah, sí? No veo qué más...

—Hay más cosas, Leyne.

—¿Qué cosas?

—Vamos a cenar.

En ese momento llegaba el camarero y Jack insistió en que pidiese algo. Después, con los platos en la mesa, Leyne volvió a la carga:

—¿Qué más cosas tenía que decirme, señor Dangerfield?

—Jack, por favor —sonrió él—. Quiero decir que como existe una línea de parentesco entre Pip y yo, no pienso abandonarla.

Ah, qué bien. Qué detalle, pensó ella, irritada.

—Pero no está dispuesto a reconocer que es su padre.

—Dime una cosa, ¿a qué hora vuelve Pip mañana a tu casa?

—A las once. ¿Por qué?

—Porque me gustaría invitarla a comer.

—No, de eso nada.

—¿Por qué no?

—Porque no pienso permitirlo —contestó Leyne.

—¿No vas a permitirlo? ¿No crees que como... posible padre tengo derecho?

—¡No tiene derecho alguno hasta que reconozca ser su padre! —lo interrumpió Leyne.

—Perdóneme, señorita Rowberry, pero ¿no cree que siendo el «posible padre» de Pip tengo más derechos sobre ella que una tía... una media tía, ya que Max y usted son hermanastras?

Jack Dangerfield parecía muy tranquilo, pero ella no lo estaba. ¿Cómo se atrevía...?

—Yo soy su tutora.

—No es su tutora legal.

—Llevo toda mi vida viviendo con Pip.

—¿Cree que eso serviría de algo frente a un juez?

—¿Un juez? ¿Piensa presentar una demanda? ¿Basándose en qué? —replicó Leyne, furiosa y perpleja a la vez—. Además, no creo que la publicidad lo beneficiase en absoluto.

—La publicidad me da igual —se encogió él de hombros—. Además, no creo que usted pudiera permitirse pagar los costes de un juicio...

—¡Ese es un golpe bajo! —lo interrumpió Leyne.

—Entonces, ¿puedo comer con la niña?

—¡Pip no va a ningún sitio sin mí! —exclamó ella.

Jack Dangerfield sonrió, pero a Leyne le pareció la sonrisa de una hiena.

—Si es usted buena, podrá venir también.

—¡No va a comer con mi sobrina!

—¿Por qué no?

—Para empezar... ¿qué podría decirle a Pip? ¿Cómo voy a explicarle que comamos con usted? El otro día, cuando lo vio en casa, pensó que era...

—Dígale que soy su novio.

—Pip sabe que salgo con Keith. Y no me gustaría que mi sobrina pensara que salgo con varios hombres a la vez —replicó Leyne.

—Ah, una moralista —suspiró él—. En fin, entonces tendrá que librarse de ese tal Keith.

Leyne estaba a punto de darle un golpe en la cabeza con el salero. Pero, por educación, aunque no sabía por qué se molestaba en ser educada con aquel monstruo, terminó de cenar. Y en cuanto acabó con el postre, se levantó.

—¿Nos vamos?

Cuando llegaron a casa estuvo a punto de salir del coche y dar un portazo pero, como si lo hubiera intuido, Jack la sujetó del brazo.

—Hablando de dinero…

—¿Quién ha hablado de dinero? —le espetó ella. La única ocasión en la que habían hablado de dinero esa noche había sido cuando él mencionó la posibilidad de llevarla a juicio.

—Prefiero no discutir sobre eso delante de la niña —dijo Dangerfield—. Pero, ¿está segura de que su hermanastra puede darle a Philippa todo lo que necesita?

Aquel hombre la estaba sacando de quicio.

—¿Parece que, de repente, se está tomando su responsabilidad como padre muy en serio! No queremos nada de usted… ¡Nada en absoluto!

—¿Ni siquiera mi apellido?

Leyne lo miró, horrorizada. En realidad, no sabía si su sobrina querría llevar el apellido de su padre…

—Lo siento, perdone —se disculpó él entonces, quizá percatándose de su consternación—. Ya sé que no necesitan nada de mí. Podremos discutir el asunto del apellido cuando el tema de la paternidad esté aclarado del todo.

¡Aclarado del todo! ¡El asunto del apellido!

Leyne no había pensado en nada de eso cuando le escribió aquella nota. ¿En qué lío se había metido? Y, sobre todo, ¿en qué lío había metido a Pip y a su hermanastra?

Abrió la boca para decir que el apellido Nicholson era el apellido de Pip y lo sería siempre y que podía olvidarse de la niña hasta que estuviera dispuesto a admitir que era su padre, pero volvió a cerrarla. Porque ella no podía tomar esa decisión.

—¡Buenas noches! —se despidió. Pero cuando estaba subiendo los escalones del porche, comprobó que él estaba a su lado.

—Nos vemos mañana —dijo Jack, mientras ella buscaba las llaves en el bolso—. Alrededor de las dos, ¿le parece?

—No me parece, lo siento.

—Buenas noches —se despidió él, como si no la hubiera oído. Y luego, sin decir nada más, se inclinó un poco para darle un beso en la mejilla.

Leyne abrió la puerta, entró y la cerró de golpe, con la mano sobre el corazón.

El deportivo desapareció al final de la calle, pero su corazón seguía latiendo como loco. ¿Por qué? Leyne se apartó de la puerta, preguntándose por qué se sentía tan... tan... tan rara. Pero era normal, se dijo. Había tenido que aceptar a la fuerza que al día siguiente comerían con aquel hombre.

Y que Pip podría tener que cambiar de apellido.

Eso era lo que la tenía tan alterada, se dijo. No tenía nada que ver con el beso.

Qué bobada, un beso. La habían besado muchas veces y mucho más apasionadamente, de modo que el beso de Jack Dangerfield no tenía nada que ver con su acaloramiento.

La idea de que ese beso, un simple beso en la mejilla, por Dios bendito, hubiera puesto su corazón al borde del infarto era completa, absolutamente ridícula.

Capítulo 4

Por la mañana, Leyne había recuperado la tranquilidad y decidió que la única razón por la que la noche anterior se había puesto tan nerviosa era por la bomba que Jack Dangerfield había lanzado sobre el asunto del apellido. Porque, de repente, se había percatado de que estaba metida en un buen lío. No tenía nada que ver con el beso, un beso amistoso nada más. Aunque no entendía por qué aquel hombre, que se negaba a reconocer la paternidad de Pip, tenía que darle un beso, amistoso o no.

La casa estaba muy tranquila sin Pip. Y tenía que encontrar la forma de explicarle a la niña por qué iban a ver a aquel hombre. Si le decía que iban a comer con él, ¿no pensaría que era, en realidad, su padre?

Cuando sonó el teléfono, Leyne corrió a contestar. Pero no era Max, sino su madre.

—¿Cómo está Pip? —preguntó Catherine Webb.

—Está durmiendo en casa de Alice —contestó ella—. Pero volverá dentro de poco.

—¿Alguna noticia? ¿El señor Dangerfield se ha puesto en contacto contigo?

¿En contacto? Desde luego que se había puesto «en contacto».

—Sí —contestó Leyne, suspirando.

—¿Y bien?

—Tiene el resultado de la prueba de ADN. Aparentemente, aunque existen pruebas de parentesco, no son suficientes para demostrar que él sea el padre de Pip.

—¿Él niega serlo? ¿Incluso teniendo esa prueba? Yo pensé, por lo poco que me contó Maxine, que era un hombre honesto.

—Sí, bueno… —Leyne vio en ese momento el coche de Dianne

deteniéndose frente a la casa—. Mamá, tengo que colgar. Pip acaba de llegar a casa.

—Llamaba para decirte que Roland está mejor y ha decidido que necesitamos unas vacaciones después de su resfriado —dijo su madre—. Así que nos vamos a las islas Canarias. Dice que necesita un poco de sol.

—¿Cuándo os vais?

—El martes.

—Me parece muy bien, mamá. ¿Cuánto tiempo estaréis allí?

—No lo sé, Roland quiere alquilar una casa y pasar allí el resto del invierno.

—En fin… te echaré de menos —suspiró Leyne.

—Yo también, hija. Pero creo que en Canarias también hay teléfonos —rió su madre.

—Bueno, ya está aquí Pip —anunció Leyne cuando la niña entró en casa—. Es la abuela —dijo entonces, pasándole el teléfono.

Pero se le rompió el corazón al ver el gesto decepcionado de la niña al saber que no era su madre.

Leyne la dejó hablando con su abuela y fue a la cocina, intentando encontrar una explicación para la comida con Dangerfield.

—La señora Gardner me ha dicho que te pidiera disculpas por no haber entrado a saludar —le dijo Pip luego—. Tenía que ir a algún sitio. Alice dice que tiene un novio… la señora Gardner, no ella —rió su sobrina.

—Ah, me alegro por Dianne. ¿Lo habéis pasado bien?

—Sí, genial. ¿Dónde te llevó Keith?

—Pues, verás… al final no salí con Keith.

—No.

—¿Has cortado con él?

—No, qué va... Bueno, el caso es que cené con Jack Dangerfield. Y quiere que comamos juntos hoy. Los tres.

Pip la miró con los ojos muy abiertos.

—No tiene por qué llevarme a mí si no quiere.

—No, claro, pero... —Leyne tuvo que sonreír. ¿Cómo iba a explicárselo?

—Es contigo con quien quiere salir, no conmigo —insistió la niña.

A Leyne le habría gustado abrazarla y contárselo todo, pero no podía hacerlo porque Pip, por muy inteligente que fuera, era una niña de once años. No entendería ciertas cosas.

—Somos los dos mosqueteros. Donde yo vaya, vienes tú.

—Me quieres, ¿eh? —rió Pip.

Leyne rió también. Porque, al menos, su sobrina había dejado de mirarla con ese brillo de interrogación en sus ojos verdes.

Cuando Jack Dangerfield apareció unos minutos antes de las dos, Leyne estaba lista. Le abrió la puerta y, por un momento, su corazón se puso a latir como si estuviera fibrilando, igual que la noche anterior.

—Hola, Leyne Rowberry —la saludó, con una sonrisa en los labios.

—Entra —lo invitó ella, tuteándolo de nuevo—. Pip bajará enseguida.

—Gracias.

—Esto... —Leyne buscaba algo de qué hablar, pero no encontraba tema de conversación—. Pip no tardará nada... —afortunadamente, no tuvo que terminar la frase porque enseguida oyó pasos por la escalera.

—Salvada por la campana —bromeó Jack.

—¿Llego tarde? —preguntó la niña.

—No, qué va —le aseguró él, observando que los pantalones le quedaban un poco cortos. Aquella niña crecía por días, pensó.

—Has vuelto a dar un estirón —sonrió Leyne, señalando los pantalones. Max medía un metro y medio, pero Pip ya era más alta que su madre. Evidentemente, los genes de los Dangerfield.

—¿Subo a cambiarme?

—No, no, por favor —sonrió Jack—. Tienes unos tobillos muy bonitos.

Pip rió, cortada. Y justo en ese momento sonó el teléfono.

—¡Ay, había quedado en llamar a Alice y se me ha olvidado! —gritó la niña, corriendo a contestar—. Lo siento, Alice... No, no puedo. Me voy a comer con Leyne y su nuevo novio.

¡Oh, no! Leyne tuvo que apartar la mirada. Afortunadamente, la conversación de las adolescentes terminó enseguida.

Pip insistió en que su tía se sentara delante, con «su novio», y Jack las llevó a un pequeño y agradable restaurante. Mientras

comían, charlaron sobre cosas sin importancia y el ambiente fue más relajado de lo que Leyne había pensado. Pero Jack Dangerfield era un hombre que parecía sentirse cómodo en cualquier sitio, en una reunión del consejo de administración o charlando con una niña de once años.

Aunque, en aquel caso, la niña de once años fuera su hija. Porque aunque él no quisiera admitirlo, Leyne estaba segura de que Pip era su hija.

Unos minutos después, cuando Pip y Jack alargaron la mano para tomar el mismo pastelillo de nata, no tuvo duda alguna. Incluso sonreían de la misma forma. Los ojos verdes brillantes, la cabeza ligeramente echada hacia atrás...

—¿Quieres el pastel? —preguntó Jack unos segundos después—. Pues es tuyo.

—Gracias —sonrió Pip, con la boca llena—. Los domingos, Leyne suele hacer una comida especial. Pero como hoy íbamos a comer contigo...

—¿Una comida especial?

—Sí, normalmente asado de carne con patatitas francesas o algo así. Está muy rico.

—Ah, vaya. Eres una chica muy especial. Leyne.

Oh, cielos, otra vez su corazón haciendo de las suyas.

—Sí, soy muy especial —intentó bromear.

Cuando volvían a casa, tuvo que reconocer que, aunque no había querido ir a comer con Jack Dangerfield, lo habían pasado bien. Y Pip parecía encantada.

Pero ya estaba bien por un día.

—Gracias por invitamos a comer —se despidió en la puerta.

—¿No vas a entrar? —preguntó Pip.

—Pues... yo es que tengo que hacer un par de cosas —intervino Leyne, incómoda.

—Los domingos siempre comprueba que lo tengo todo listo para ir al colegio el lunes —le informó Pip.

—Pensé que trabajabas en casa —dijo Jack.

—Sí, pero...

—Mi madre dice que Paget y Compañía son muy afortunados por tener a Leyne —siguió Pip.

—Y seguro que tiene razón —sonrió Jack.

—Sí, bueno, Jack, ya nos veremos —intervino Leyne, para cortar aquello de una vez.

—Gracias por la comida —insistió su sobrina.

—De nada. Ha sido un placer.

—Adiós. Jack.

—Adiós, Jack —repitió Pip. Leyne prácticamente tuvo que empujarla para que entrase en la casa.

Pero estaba segura de que Jack Dangerfield no habría entrado. Eran más de las cinco y seguramente tendría «otras cosas» que hacer. Como salir con sus amiguitas, por ejemplo.

En cuanto entraron en casa, Pip llamó a su amiga Alice para contarle detalladamente todo lo que había pasado en la comida.

—¡Es genial! —La oyó decir Leyne—. Mucho mejor que ese Keith tan soso con el que salía antes.

El «soso» de Keith no le hizo ni caso al día siguiente en la oficina. Y el martes tampoco. Evidentemente, estaba enfadado. Pero el miércoles, quizá picado porque ella no parecía interesada, pasó por su despacho.

—Tengo que ser más comprensivo, ¿verdad? —le preguntó, haciendo una especie de puchero. Leyne no se había dado cuenta hasta entonces de que tenía los labios muy finos. Los labios de una persona de la que uno no debía fiarse, pensó, tontamente.

—Sí, bueno... ya conoces la situación.

—¿Deberíamos intentarlo de nuevo?

De repente, Leyne se dio cuenta de que no estaba nerviosa en absoluto. Pero la verdad era que había tenido que cancelar sus citas en más de una ocasión y era lógico que Keith estuviera un poco molesto.

—El viernes Pip se quedará en casa de su amiga Alice... —sugirió.

Dianne Gardner le había confiado que estaba saliendo con un piloto y que, como viajaba continuamente, sólo podía salir con él el jueves. De modo que le preguntó si podía quedarse con Alice el jueves y ella se quedaría con las niñas el viernes. Leyne habría dicho que sí en cualquier caso. Dianne había tenido que pasar por un desagradable divorcio y ya era hora de que encontrase a alguien especial en su vida.

—¿El viernes? Estupendo —sonrió Keith.

Por lo visto, iba a reservar mesa en un restaurante hindú del que había oído hablar muy bien. Después de quedar con él, Leyne siguió trabajando sin acordarse de Keith para nada.

Esa noche, por fin, recibió una llamada de Brasil. Pero no era su hermanastra, sino un hombre que se llamaba Urbano… con un apellido incomprensible.

—El señor Turnbull me ha pedido que llamase para preguntar cómo están —le dijo, con un acento portugués tan fuerte que Leyne tuvo que concentrarse para entender lo que decía.

—¿Maxine mi hermanastra, no puede llamar? —le preguntó.

—No, están en un sitio en el que los teléfonos no tienen cobertura… Yo trabajo con ellos y he tenido que venir a la ciudad a buscar provisiones.

—Ah, entiendo.

—La señora estaba preocupada por su hija.

—¿Preocupada? —repitió Leyne. Aunque quizá Urbano, un extranjero, no sabía usar correctamente las palabras—. Las dos estamos muy bien —añadió entonces.

—¿Su hija está bien? —insistió el hombre.

—Sí, sí, la niña está bien. Espere un segundo… voy a ponerla al teléfono. ¡Pip, ven un momento, por favor! Quiero que hables con este señor. Llama de parte de tu madre.

—¿Sí? —contestó Pip, con cara de sorpresa.

—Dile que estás bien, cariño.

—Estoy muy bien, gracias… ¿Oiga? Leyne, me parece que ha colgado.

Leyne tomó el teléfono y comprobó que, efectivamente, se había cortado la comunicación.

—Bueno, por lo menos ha llamado alguien. Habría estado mejor que llamase tu madre, pero supongo que está perdida en medio de la jungla.

—Si hubiera llamado ella podrías haberle preguntado por mi padre —dijo Pip entonces.

—Sí, bueno… ten paciencia, cariño —replicó Leyne. Lo más importante era que Pip no sufriera, y sufriría si supiera que Jack Dangerfield se negaba a reconocer que era su padre.

—¿Sigues haciendo averiguaciones?

—Sí, claro. Aún no he encontrado nada… concreto. Pero en

cuanto tenga alguna noticia, tú serás la primera en saberlo.

El viernes por la mañana, Leyne decidió trabajar en casa. Después de dejar a las niñas en el colegio, se dispuso a ordenar el caos del desayuno y a cambiar las sábanas de la cama que había usado Alice. A las diez y media, estaba delante del ordenador. Y seguía allí a la hora del almuerzo cuando sonó el timbre.

Estaba tan absorta en lo que hacía que no oyó que un coche se detenía frente a la casa... pero cuando se asomó a la ventana comprobó que era el coche de Jack Dangerfield.

De repente, su corazón se aceleró. Aunque se decía a sí misma que estaba loca... ¿Por qué demonios iba a ir a su casa Jack Dangerfield sin avisar? Y un viernes por la mañana.

Pero era él. Jack, con sus ojos verdes y su pelo negro. Jack Dangerfield, con su elegante traje de chaqueta. Y tan guapo que podría hacer que le temblasen las piernas a cualquier mujer impresionable.

Pero ella no era impresionable y, mientras Jack la miraba detenidamente, Leyne decidió que no sería ella la primera en hablar.

Pero fue ella. Porque Jack Dangerfield era el hombre más tranquilo del mundo. Y el más irritante.

—Pasa —dijo por fin—. Hace frío ahí fuera.

Sin decir nada, él entró en la casa.

—¿Hoy no trabajas? —preguntó Leyne, ante el silencio del hombre.

—Sí, pero tengo derecho a comer, como todo el mundo.

—Yo hoy no como, tengo mucho trabajo —replicó Leyne.

—Mal hecho. Hay que comer.

—¿Cómo sabías que estaba en casa? Podría estar en mi oficina.

—No estabas. Llamé antes de venir.

—¿Has llamado a mi oficina?

Pero si no sabía dónde trabajaba... O sí. Porque Pip se lo había dicho el domingo.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? —repitió Jack.

—¿Por qué querías verme?

—No te asustes, no es nada malo —sonrió él—. Tengo una casa en la costa y he pensado que a Pip le gustaría venir conmigo este fin

de semana.

—¿Qué?

—Como estaremos fuera hasta el domingo, he pensado que sería más lógico avisarte con antelación. Quizá podrías guardar sus cosas en una bolsa de viaje...

Leyne lo miraba boquiabierta.

—Pip no va a ningún sitio contigo.

—¿No?

—No —contestó ella, con firmeza. Pero Jack no se movió—. ¿Por qué quieres llevártela?

—Creo que ya es hora de que nos conozcamos un poco.

Leyne tragó saliva. Jack acababa de decir que quería conocer a la niña y eso era bueno para Pip. ¿Sería justo negarle eso a su sobrina?

—Entonces, ¿admites que eres su padre?

—No —contestó él.

—Entonces, Pip se queda aquí.

—No lo creo —replicó Jack. Y a Leyne le entraron ganas de darle un bofetón.

—Pip se queda aquí —repitió.

—¿Por qué? —preguntó él, tan tranquilo. Y Leyne se enfadó porque la hacía parecer a ella poco razonable cuando era él quien estaba proponiendo algo completamente absurdo.

—Porque, además de otras mil razones, a Pip le parecería rarísimo irse sola contigo.

—No estaremos solos —la interrumpió él.

—¿Vas a llevar a esa chica de la fotografía? —Leyne deseó haberse mordido la lengua, pero ya era demasiado tarde. Cielos, incluso había sonado celosa.

—¿A Gina? ¿De dónde sale Gina ahora? Ya no salgo con ella.

—Ah, no, claro que no, ya me imagino —replicó Leyne, preguntándose cuánto tiempo saldría con una chica antes de darle la patada.

—No me llevaría a cualquiera a Sherbourne —añadió Jack entonces, para su información.

Pero a ella le daba igual. No iba a llevarse a Pip.

—Vas a venir tú.

—¿Yo? —exclamó Leyne, atónita.

—Claro. Yo no sé nada sobre niñas de once años… aunque fuera el padre de esta niña en particular.

Leyne se quedó mirándolo fijamente. Era lo más parecido a admitir que era el padre de Pip, pensó. Sin embargo, intuyó una amenaza detrás de esas palabras: «Aunque fuera el padre de esta niña en particular».

—Pues… —Leyne no sabía qué decir y lo odiaba por hacerla sentirse tan perdida, tan incapaz de tomar una decisión—. Yo… tengo una cita esta noche.

—Pues parece que Keith no tiene mucha suerte —dijo Jack.

Entonces Leyne se dio cuenta de algo. La verdad era que disfrutaría mucho más pasando el fin de semana con Jack Dangerfield que con Keith Collins.

—No creo que le haga gracia —contestó, sin darse cuenta de que acababa de aceptar que Pip y ella fueran a su casa de la costa ese fin de semana.

—¿Él conoce bien a la niña?

—Pues claro que la conoce.

—No, me refiero a si sabe que Pip está buscando a su padre.

—¡Claro que no! ¿Qué crees, que voy por ahí contándoselo a todo el mundo? Esto es algo privado.

—O sea, que tu relación con Keith no es precisamente muy íntima, ¿no?

Leyne decidió entonces que aquel hombre tenía un talento especial para sacarla de quicio. Un día de éstos…

—Si mi relación con Keith es íntima o no, no es asunto tuyo. ¡Y para tu información…!

—Cuando te enfadas, te pones muy graciosa —la interrumpió Jack, con una sonrisa cargada de kilovatios.

Qué original, pensó Leyne. Aunque no pudo evitar sentirse halagada.

—Ah, entonces, no soy sólo guapa con la luz adecuada, ¿no?

—Yo te veo preciosa con cualquier luz —dijo Jack entonces. Y parecía tan sincero que Leyne tuvo que girar la cabeza para no mirarlo a los ojos.

—Te acompaño a la puerta.

—Pero nos veremos después —insistió él—. Vendré a buscaros a las cinco.

Cuando el coche desapareció al final de la calle, Leyne se dejó caer en un sillón. Jack Dangerfield ejercía un efecto de lo más peculiar en ella.

Y no le sorprendía. Aunque el bienestar de Pip era lo más importante. Leyne no podía evitar tener dudas sobre lo que estaba haciendo. Y temía la reacción de Max cuando volviese a Inglaterra. ¿Qué diría cuando supiera que Pip y ella habían pasado un fin de semana con el padre de la niña?

Aunque por un lado lamentaba haberse puesto en contacto con Jack Dangerfield, estaba segura de que, en las mismas circunstancias, volvería a hacerlo de nuevo. Además, tenía la impresión de que Jack empezaba a aceptar que era el padre de Pip.

Lo que no entendía era por qué había ido a verla personalmente cuando podía haber llamado por teléfono. Quizá pensó que yendo personalmente podría convencerla...

Y la había convencido.

No había tenido que esforzarse en absoluto, pensó luego, enfadada consigo misma. Le había dicho que sí sin pelear. «Peculiar» no era la palabra adecuada para definir el efecto que Jack Dangerfield ejercía sobre ella. Aunque no encontraba otra.

Pero tenía que dejar de darle vueltas a la cabeza porque debía ponerse a trabajar, se dijo. Y llamar por teléfono.

Llamó a Dianne Gardner para decirle que Pip no podría quedarse a dormir en su casa esa noche porque estarían fuera el fin de semana. Ningún problema. Además, Dianne sabía lo de Jack porque Alice se lo había contado.

—Que lo paséis bien.

Leyne llamó entonces a Keith Collins para cancelar, de nuevo, su cita. Pero Keith no se lo tomó tan bien.

—No puedes decirlo en serio.

—Lo siento, de verdad. Ha sido una cosa de última hora.

En su opinión, si Jack Dangerfield quería conocer a su hija, no habría forma de detenerlo. Además, ¿quién era ella para detenerlo?

—Es esa niña otra vez, ¿no? —le espetó Keith.

—Esa niña se llama Pip y es mi sobrina —replicó Leyne, enfadada—. Adiós, Keith, que lo pases bien.

Hecho eso, a trabajar.

Dianne recogió a las niñas en el colegio, pero no le contó nada a

Pip, seguramente por discreción. Y Leyne tuvo que seguir fingiendo que Jack Dangerfield era su novio para explicarle a la niña que iban a pasar el fin de semana con él.

—¿Qué fin de semana? —preguntó Pip.

—Este fin de semana.

—¿Nos vamos mañana? —exclamó la niña—. Porque esta noche tienes una cita, ¿no?

—Sí, no, bueno... Hemos decidido cancelar la cena —contestó Leyne, mintiendo de nuevo. Últimamente, tenía que mentir mucho más de lo que le gustaba—. Jack vendrá a buscarnos esta tarde, cuando salga de la oficina.

—¡Estupendo! ¿Puedo llamar a Alice para contárselo? Tengo que decirle que mañana no iré a nadar con ella.

Debido a las variadas interrupciones del día, Leyne decidió ponerse a trabajar hasta que llegase Jack. Y cuando sonó el timbre, Pip salió corriendo a abrir, como hacía siempre.

Leyne estaba transfiriendo un documento al disco de seguridad cuando levantó la mirada y vio a Jack Dangerfield en la puerta del estudio, mirándola.

—Voy enseguida, estoy terminando —murmuró, sintiendo un extraño calor en la cara.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo él, sin dejar de mirarla fijamente.

—Jack ha dicho que nos llevemos las botas de agua. ¿Subo a buscarlas? —preguntó Pip.

—Buena idea —contestó Leyne.

—Parece muy entusiasmada —dijo Jack, cuando la niña corrió escaleras arriba.

Leyne apagó el ordenador y cerró su maletín.

—Sí, es una niña muy entusiasta —murmuró, irónica.

—No era una crítica. En serio, Leyne, creo que haces un trabajo estupendo. Pip es una niña maravillosa.

—Sí, bueno, la madre de Pip es mi hermanastra, no yo —contestó ella, nerviosa—. Y este estudio no es suficientemente grande para dos personas.

Pip ayudó a Jack a llevar las bolsas al coche mientras Leyne cerraba la casa. Pero cuando iba a sentarse atrás, su sobrina insistió de nuevo en que debía ir delante.

—Pero…

—No seas tímida —bromeó Jack.

No habría estado bien darle una bofetada delante de su sobrina. De modo que, sin decir una palabra, Leyne entró en el coche.

Pip siempre había sido una niña bastante seria. Aunque a veces olvidaba su seriedad y se partía de risa por cualquier cosa, en general prevalecía su lado más serio.

Pero ese viaje en coche hasta la costa fue una revelación para Leyne. Jack había dicho que quería conocer a la niña y, seguramente con ese objetivo, empezó a hacerle preguntas. La revelación fue cómo respondía Pip.

Para ser una niña tan reservada, le pareció que su sobrina hablaba más que nunca.

—Leyne dice que vamos a un sitio que se llama Sherbourne.

—Así se llama la casa, en realidad. Está en un pueblo que se llama Dalingbury.

—¿Está cerca del mar?

—El mar está a diez minutos en coche. Pero en esta época del año hace demasiado frío para bañarse.

—No me importa perderme la piscina mañana —siguió Pip—. ¿Vives en Sherbourne durante todo el año? Parece que está muy lejos como para ir a trabajar todos los días desde allí.

Leyne pensó mencionar que quizá Jack prefiriera conducir en silencio, pero Pip y él parecían entenderse a la perfección, de modo que decidió no meterse. En cualquier caso, él contestó que tenía un apartamento en Londres.

Y Leyne se preguntó entonces si, aunque Max y ella habían hecho todo lo posible para que a Pip no le faltase nada, algo le había faltado desde siempre: una figura paterna.

Eso la mantuvo pensativa durante todo el camino. Pero había hecho bien aceptando ir a la costa aquel fin de semana, pensaba. Aunque no había tenido elección, claro.

Y Pip seguía haciendo preguntas.

—¿Vive alguien más en Sherbourne?

—No, sólo yo.

—Entonces, te ayudaré a hacer las camas.

—Eso ya está hecho, afortunadamente —informó Jack—. Una señora encantadora, la señora Ford, que vive en el pueblo, se

encarga de todo cuando voy a pasar el fin de semana. Bueno, cuéntame, ¿qué tal en el colegio?

—Genial —contestó la niña, contándole después lo bien que le iba en los exámenes y lo simpáticos que eran sus profesores.

Cuando llegaron al pueblo de Dalingbury, la conversación entre ellos había revelado que a los dos les gustaba mucho leer y que, entre otras cosas, tenían idéntico sentido del humor. De hecho, Leyne no había visto reír tanto a Pip como durante aquel viaje.

Sherbourne era una antigua casona de piedra, pero por dentro estaba enteramente reformada. Y parecía muy acogedora.

—Vamos a subir el equipaje al piso de arriba y luego prepararemos algo de cenar —dijo Jack.

Pip se mostró encantada con su habitación, que tenía su propio cuarto de baño. La de Leyne, al otro lado del pasillo, era aún más espaciosa.

—Grita si necesitas algo. Voy a ver si soy capaz de seguir las instrucciones de la señora Ford con el microondas.

Leyne miró alrededor. Era una habitación muy agradable, un cuarto muy femenino para una casa tan masculina, con las paredes pintadas de un rosa pálido, moqueta beige y pesadas cortinas del mismo color. Y también ella tenía un cuarto de baño. Estaba abriendo la bolsa de viaje cuando Pip entró como una tromba.

—¡Vaya! Pensé que mi habitación era bonita, pero ésta... ¡Es preciosa!

—¿Te has lavado las manos? Tenemos que bajar a cenar.

La niña levantó los ojos al cielo.

—¿Tú qué crees? Tengo las manos como los chorros del oro.

Riendo, bajaron a la cocina.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Pip. Y Leyne, mirando de padre a hija, tuvo que sonreír.

—Creo que este fin de semana nos vendrá bien a todos —dijo, sin pensar.

—Es muy generoso por tu parte decir eso —sonrió Jack.

La cena fue agradable y Leyne se sintió orgullosa de Pip y de sus impecables maneras. Y debía admitir que Jack empezaba a caerle un poco mejor.

Después de cenar, y como la casa tenía un moderno lavavajillas, Jack les dio carta blanca para entrar en su biblioteca.

—De todas formas, hemos traído libros —dijo Leyne—. A Pip y a mí nos gusta leer un rato antes de dormir.

—Pues algo más que tenemos en común —sonrió Jack.

—¿Quieres que suba a mi habitación? —preguntó Pip.

—Sí, voy contigo —contestó Leyne.

—Buenas noches, Jack —se despidió la niña que, de repente, parecía extrañamente tímida.

—Buenas noches, bonita —dijo él. Pero cuando Leyne iba a seguirla por la escalera, Jack la detuvo—. Mira, sé que tu única preocupación es Pip y estoy contigo.

—¿Ah, sí?

—Te lo aseguro.

De repente, Leyne quería confiar en él. De hecho, debía confiar en él o no estaría allí.

—Me gustaría creerlo —le confesó, sintiéndose un poco sin aliento bajo el escrutinio de su mirada—. Pero…

—Te prometo que todo saldrá bien. Pip es una niña maravillosa, divertida, inteligente… Si quieres que te diga la verdad, me sentiría orgulloso de ser su padre.

Su sonrisa estaba haciendo que le temblasen las piernas. Pero Leyne se apartó. Aquel fin de semana no tenía nada que ver con ella. Era por Pip.

—Pero no lo suficiente como para aceptar que eres su padre, ¿no?

Jack apretó los labios. Los ojos azules de Leyne se clavaron en los, de repente, distantes ojos verdes de Jack Dangerfield. No parecían tener nada más que decirse de modo que, entristecida, Leyne subió las escaleras para ir a su habitación.

Capítulo 5

Leyne despertó temprano a la mañana siguiente, pero como era una invitada en la casa decidió esperar para ducharse por no despertar a nadie.

No sabía qué planes tendría Jack para esa mañana, pero Pip y ella eran perfectamente capaces de divertirse solas si él tenía algo que hacer. Cuando encendió la lamparita, comprobó en su despertador que sólo eran las seis de la mañana.

Tomando el libro que había dejado sobre la mesilla, intentó leer un rato. En general, era capaz de absorber cualquier cosa aunque fuese muy temprano, pero aquella mañana no podía dejar de pensar en Jack Dangerfield, su anfitrión.

Pip podía a veces ser un poco tímida con los extraños, pero la verdad era que le sorprendía lo cómoda que parecía sentirse con Jack. ¿Sería la llamada de la sangre?

Leyne recordó con qué frialdad se habían despedido por la noche y recordó también que se negaba a admitir que era el padre de la niña.

Pues la próxima vez que Pip le hiciera esa pregunta o la mirase con un brillo interrogante en sus ojos verdes, se lo diría.

Pero no, no podía hacer eso. ¿Cómo iba a decírselo? Si lo hacía y Jack negaba ser su padre, eso sería devastador para Pip. Además, ¿querría Max que lo hiciera?

Leyne estaba pensando en ello cuando un susurro en el pasillo llamó su atención. La puerta se abrió entonces y Pip apareció en su cuarto, en pijama, con un libro en la mano.

—Pensé que estarías leyendo. ¿Puedo meterme en tu cama?

—Sí, claro.

Pip solía levantarse temprano y, como una niña educada que

era, tampoco quería despertar a su anfitrión, O quizá, habiendo despertado en una habitación extraña, se había sentido un poco insegura.

Media hora después, a Leyne le pareció oír a Jack moviéndose por la casa, de modo que dejó a Pip le yendo en la cama y fue al cuarto de baño para darse una ducha.

—Me pongo pantalones, ¿verdad? —preguntó la niña después.

—Sí, será lo mejor. No sé qué planes tiene Jack, pero tú y yo podemos ir a pasear si él está ocupado.

A las ocho, bajaron a la cocina.

—Buenos días, Leyne, Pip —sonrió Jack—. ¿Habéis dormido bien?

—Sí, nunca había dormido en una cama tan blandita —contestó la niña.

Leyne estuvo a punto de decir que en su casa también tenía una cama muy blanda, pero se contuvo. No tenía sentido ponerse a la defensiva. Los niños decían esas cosas.

—¿Puedo hacer algo? —se ofreció.

—Dime qué queréis desayunar. Tengo beicon, huevos...

—Normalmente en casa tomamos cereales y fruta.

—Ah, muy bien. ¿Qué os apetece hacer hoy?

—Leyne ha dicho que a lo mejor estabas ocupado.

Jack la miró, levantando las cejas.

—No, este fin de semana no pienso hacer nada. Estoy absolutamente libre.

Leyne tragó saliva.

—Yo había pensado que fuéramos a dar un paseo —dijo por fin, intentando controlar los locos latidos de su corazón.

—Por eso os pedí que trajerais botas de agua. ¿Qué tal un paseo por la playa?

—¡Sí, sí! —exclamó Pip, entusiasmada.

Una hora después, con los vaqueros metidos dentro de las botas, los tres paseaban por la arena. Hacía frío, pero iban bien abrigados y, por alguna razón, Leyne pensó que nunca se había sentido más feliz.

—¿Keith se ha quedado hecho polvo? —preguntó Jack cuando Pip salió corriendo delante de ellos.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te importa?

—Corta con él —dijo Jack entonces—. No es hombre para ti.

—Pero bueno... si no sabes nada de él. ¡Ni de mí! —replicó Leyne, irritada.

—¿No te parece raro?

—¿Qué?

—Aquí estás, con el pelo enredado, los ojos medio llorosos por el viento… y aun así me sigues pareciendo la mujer más guapa que he visto en toda mi vida.

Leyne tragó saliva. ¿Por qué le decía esas cosas? No tenía derecho a decírselas.

Jack levantó una mano y apartó el pelo de su cara. Tontamente, Leyne pensó que estaba a punto de besarla. Y entonces, mirándose a los ojos, sintió que no había nadie en el mundo más que ellos dos.

Afortunadamente, el sonido de unos furiosos ladridos hizo que saliera de su estupor y miró hacia delante para ver si Pip estaba a salvo.

—Deberías salir más —fue lo único que se le ocurrió decir.

Jack soltó una carcajada y siguieron caminando.

Pip, que se había encontrado con una señora muy simpática acompañada de un perro, estaba tirándole palitos y corriendo con él.

—¿Quieres que vayamos a tomar un café? —sugirió Jack.

—¡O un chocolate caliente! —exclamó la niña, despidiéndose de la señora y del perrito.

Jack iba en silencio mientras volvían sobre sus pasos y Leyne, aún nerviosa por aquel extraño momento y esa más extraña declaración, tampoco tenía nada que decir.

Casi habían llegado a un café al borde de la playa cuando Pip empezó a toser.

—Perdona —dijo Leyne, corriendo hacia la niña.

Llegó al lado de Pip enseguida, pero Jack iba tras ella.

Era un consuelo saber que estaba a su lado, pero la prioridad era su sobrina. Leyne puso una mano sobre su frente. Estaba ardiendo.

—Mira lo que pasa por ir corriendo todo el camino… y por jugar con perros desconocidos —intentó bromear. Pero estaba preocupada mientras buscaba el inhalador en el bolsillo de su abrigo—. Toma, cariño —dijo, sacudiéndolo—. Venga, aspira dos veces, ya sabes.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Jack.

—No, tranquilo. Se le pasará enseguida —contestó Leyne—. Pero será mejor que nos sentemos un ratito a descansar.

—¿No sería mejor que nos fuéramos a casa? —sugirió él—. Puedo llevarla en brazos.

—¡Puedo andar! —protestó Pip. Pero Jack la tomó en brazos de todas formas.

—Este es tu castigo por dejarme sin café.

En aquella ocasión, mientras volvían a Sherbourne, Leyne iba sentada detrás con la niña. Cuando salieron del coche, Jack volvió a tomarla en brazos.

—Puedes dejarla en el sofá, ya está bien.

—¿Seguro?

—¡Que estoy bien! —exclamó Pip.

—¿Qué tal si preparas un café? —rió Leyne, mientras le quitaba las botas y volvía a ponerle la mano en la frente. Afortunadamente, la fiebre parecía haber desaparecido.

—Sí, claro, claro...

—Ah, y trae un vaso de agua.

Justo entonces Pip empezó a toser de nuevo y Jack salió como una bala hacia la cocina.

Pero Leyne sabía que no era nada. Siempre le asombraba que, en media hora, la niña se recuperase por completo. Y el pobre Jack parecía tan aliviado...

—Espero no estar molestando —sonrió Pip.

—No, por favor. Eso sí, no engordes ni un kilo más. Casi no podía contigo.

Como Pip era delgadísima, supo enseguida que estaba bromeando y soltó una risita. Parecía encantada con «el novio» de su tía.

—¿Podemos cenar en el pueblo? Tengo algo preparado para el almuerzo, pero si Pip se encuentra mejor...

—¡Sí! Yo ya estoy bien —exclamó la niña.

Después de comer, Jack se disculpó y Leyne oyó el motor del coche. ¿Dónde iría?, se preguntó. Quizá, aunque decía estar a gusto, no fuera verdad. Quizá se hubiera cansado de tener que cuidar de una niña con asma.

Para su sorpresa, volvió poco después. Había ido al pueblo a

comprar unos rompecabezas para Pip y se pasaron la tarde haciéndolos, bromeando, riendo... contando chistes.

Era increíble, pero parecían conocerse de toda la vida.

A las siete, mientras se duchaba, Leyne tuvo que reconocer que empezaba a sentir cierto afecto por él... ¡Afecto! ¿Cómo podía sentir afecto por Jack Dangerfield?

Jack había reservado mesa en un restaurante muy agradable y se comportó como el perfecto anfitrión durante la cena, tratando a Pip como si fuera una persona adulta. Incluso le preguntó a Leyne si podía tomar un poquito de vino para celebrar la ocasión.

—No, no...

—¡Leyne, por favor! Sólo quiero probarlo.

La pobre la miraba con tal cara de pena que Leyne tuvo que decir que sí. Pero sólo un sorbito.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó Pip.

—Pues... que no todos los días se encuentra uno en compañía de dos mujeres tan guapas —contestó Jack.

Pip se puso colorada y Leyne supo entonces que Jack Dangerfield acababa de conseguir una fan incondicional. Esperaba que no metiese la pata... aunque, por el momento, era evidente que lo estaba haciendo bien.

—Es la mejor cena que he tomado en toda mi vida —dijo Pip cuando salían del restaurante.

Leyne tuvo que sonreír. Niños. La verdad era que la cena había sido excelente, pero Pip se refería a la velada en general.

Era temprano cuando volvieron a Sherbourne.

—¿Estás cansada, Pip? —preguntó Jack al ver que intentaba disimular un bostezo.

—Leyne y yo nos hemos despertado muy temprano esta mañana —intentó justificarse la niña—. ¿Te importa si me voy a la cama, Leyne?

—No, claro que no. Creo que yo también me voy a dormir.

—¿No te apetece un café? —preguntó Jack.

Por un momento, Leyne pensó que parecía un poco decepcionado. «No seas tonta», le dijo la voz de la razón. Jack Dangerfield estaba acostumbrado a salir con mujeres mucho más sofisticadas que ella.

—No, gracias. Buenas noches... Ah, y gracias por todo. Ha sido

un día estupendo.

No recordaba la última vez que se había ido a la cama a las nueve. Una pena, porque no podía pegar ojo.

Pero por fin se quedó dormida... como un tronco. Tanto que tardó mucho en oír un ruidito en la puerta. Como todas las madres, en su caso madrinas, siempre dormía con el oído alerta, por si acaso. Y para que Pip no se chocase con nada encendió la lamparita.

—Ven, cariño —murmuró, con los ojos cerrados—. Acuéstate conmigo.

—No creo que lo digas en serio —oyó entonces la voz de Jack.

Leyne abrió los ojos de golpe y se incorporó de un salto, incrédula.

—¡Jack! ¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es? —antes de que él pudiera decir nada, Leyne miró el despertador. Eran las seis de la mañana—. ¿Qué ha pasado? ¿Pip está bien?

—No pasa nada, tranquila —contestó él.

Leyne tardó un momento en darse cuenta de que él estaba vestido, pero ella, con un pantalón corto de pijama y una camisola, estaba mostrando las piernas... casi hasta la cintura.

—¡Ay, por favor!

—Tranquila, tápate si quieres.

Leyne se tapó prácticamente hasta la barbilla con la sábana.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Perdona... He llamado a la puerta, pero estabas dormida.

—¡Pues claro que estaba dormida, son las seis de la mañana!

—Es que quería hablar contigo sin que Pip nos oyera. Ayer no pude hacerlo porque te fuiste a la cama corriendo.

—¡Vas a decirle que eres su padre!

—No, no, en absoluto. Sólo quería saber qué tratamiento sigue para el asma.

—¿Qué? —exclamó Leyne.

—El asma de Pip. ¿Qué tratamiento sigue?

—Ninguno.

—¿No habéis ido a un especialista?

—Gracias por tu preocupación, pero no necesita ir a un especialista —replicó Leyne, airada.

—¿Y quién la trata, un médico de medicina general?

—Lo ha hecho desde que era pequeña.

Jack la miró, escéptico.

—¿Y está cualificado para tratar a una niña con asma?

—Por favor, no me vengas ahora con eso —le espetó Leyne, incómoda por estar en pijama y en la cama mientras él estaba de pie y vestido.

—¿Lo está? —insistió él.

—Pues claro que sí. Además de ser médico, tiene un hijo con el mismo problema de Pip. Si hubiera alguna medicación especial nos lo habría dicho. Y si quieres saber cómo se llama y qué títulos tiene... Siéntate, por Dios bendito. Me duele el cuello de mirar hacia arriba.

—¿He mencionado que te despiertas de muy mal humor? —preguntó Jack. Y Leyne podría haberle dado una patada.

Especialmente cuando decidió sentarse en la cama, a su lado. Demasiado cerca.

—Entonces, ¿qué dice ese médico?

—Que se le pasará cuando empiece a desarrollarse. Además del ataque de ayer, la verdad es que cada año le ocurre con menos frecuencia.

—¿El ataque de ayer fue... muy violento?

Leyne negó con la cabeza.

—No, los ha habido mucho peores. Pero cada día son menos frecuentes, de modo que el doctor Haynes debe de estar en lo cierto.

—¿Y por qué tiene esos ataques? ¿Qué los provoca?

—Puede ser cualquier cosa. Hacer algún ejercicio violento, el frío, una discusión, un disgusto...

—¿Podría ser por su deseo de encontrar a su padre? —preguntó Jack, pensativo—. ¿Eso la tiene disgustada?

—Preocupada, desde luego —contestó Leyne.

—No sabes cómo lo siento —murmuró él entonces, apretando su mano.

Leyne estaba a punto de decirle que no se preocupase, pero enseguida recordó que él era el villano en aquella película.

—¿Te importa devolverme la mano? —preguntó.

Jack, sonriendo, obedeció. Pero sólo para poner las dos manos sobre sus hombros. Entonces, mientras ella lo miraba como hipnotizada, con las manos masculinas calentando su piel casi

desnuda salvo por la camisola, Jack la atrajo hacia sí y, muy despacio, la besó.

Leyne seguía mirándolo con cara de perplejidad cuando se apartó.

—Perdóname, pero no he podido resistir la tentación —se disculpó, aunque no parecía lamentarlo en absoluto.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —preguntó Leyne, pero sin la acidez que pretendía.

—No sabría por dónde empezar. Hueles de maravilla —dijo Jack, atrayéndola hacia sí de nuevo—. Eres exquisita, cálida, dulce...

—Oiga, no se pase, señor Dangerfield.

—Ven aquí —murmuró él. Y entonces, sin que Leyne pudiese hacer nada, volvió a abrazarla. Y a besarla. Al principio fue un beso suave, tentativo. Y ella no se resistió. De hecho, era incapaz de resistirse. Cuando volvió a besarla por segunda vez, se sintió mareada y movió una mano hasta su cintura. Jack seguía besándola y Leyne pensó que nadie la había besado así jamás.

De repente, sin pensar, le estaba devolviendo el beso. Y le echó los brazos al cuello porque quería más. Mientras se apretaba contra él, sintió un incendio que empezaba en su bajo vientre y la recorría entera...

Pero entonces tuvo un momento de lucidez.

—No creo que debamos hacer esto... —consiguió decir.

—Es verdad, no deberíamos —asintió él, sin dejar de besarla. Y de acariciarla.

«Ay, madre», pensó ella. Pero no se apartó, todo lo contrario. Cerró los ojos para disfrutarlo más.

—Eres fantástica —siguió Jack con voz ronca, me tiendo las manos por debajo de la camisola.

Cuando empezó a acariciar sus pechos. Leyne se sintió como si estuviera en una encrucijada. Sabía que debía detenerlo, pero no quería. O no podía. Sus caricias, el roce de sus manos, tan grandes, tan masculinas, sobre la sensible piel de sus pechos, estaban causando todo tipo de problemas.

—Jack...

—Dime, cariño.

—Yo creo... —en ese momento sintió el roce de los dedos de

Jack en sus pezones y tuvo que tragar saliva—. Creo que… no deberíamos… ay… Yo creo que… tenemos que parar.

—Tienes razón, sí —dijo él, sin dejar de besarla.

—Jack, tenemos que parar —insistió Leyne, asustada, cuando él empezó a investigar el pantalón del pijama—. Ahora mismo. ¡Ahora! —exclamó, apartándolo de un empujón.

Pensó que él se enfadaría, que le preguntaría por qué había dejado que las cosas llegaran tan lejos, pero parecía divertido.

—Admitirás que eres bastante… peculiar.

—Es que… nunca… me había pasado algo así —reconoció ella.

—¿No? ¿Estás diciendo que nunca habías llegado tan lejos?

—Pues… —Leyne tosió, nerviosa.

—¡No lo has hecho nunca!

—Pues sí, soy la peor pesadilla de cualquier hombre. ¿Qué pasa?

—¡Dios mío!

—No te preocupes —dijo Leyne—. Cuando llegue el momento adecuado, lo sabré.

—¿Éste no era el momento adecuado?

«Lo era, lo era», le habría gustado decir.

—No.

Entonces oyeron pasos. Era Pip, que apareció en la puerta con un libro en las manos.

—¿Puedo entrar?

—Sí, claro —contestó Jack—. Sólo había venido para darle los buenos días a tu tía Leyne.

—¡Mi tía Leyne! —rió Pip. Ella nunca la había llamado así.

—Bueno, voy a hacer… unas tortitas —dijo Jack entonces.

Leyne no sabía qué decir. Y no tenía sentido preguntarse qué demonios había pasado para dejar que Jack Dangerfield la besara de esa forma. Sabía lo que le había pasado… y no podía ser. Y por eso decidió que el fin de semana había durado demasiado.

—Creo que deberíamos volver a casa después de desayunar —informó a Pip cuando salió de la ducha.

—¿No podemos ir a dar un paseo por la playa?

—Sí, bueno, ya veremos —contestó Leyne.

Encontró a Jack en la cocina, haciendo huevos revueltos con beicon. Pero ella tenía un nudo en el estómago. No podría comer nada.

—He pensado que hoy podríamos desayunar algo diferente.

—Jack, yo…

—¿Jack, tú? —sonrió él.

—No sé qué planes tenías para hoy, pero me gustaría volver a casa.

Él se quedó mirándola con sus inteligentes y perceptivos ojos verdes. Luego dejó la sartén y se acercó a ella.

«No me toques, no me toques», pensaba Leyne, sabiendo que se olvidaría de su deseo de volver a casa si él la besaba.

Afortunadamente, no lo hizo.

—Te he asustado, ¿verdad?

—No, en absoluto —contestó ella. No había tenido miedo… mientras estaba entre sus brazos. Pero luego, cuando se apartó, la realidad de la situación la hizo reflexionar—. Es que tengo cosas que hacer y…

—¿Preparar la ropa de Pip para mañana?

—Pues sí, por ejemplo.

—Quiero pedirte disculpas si antes me he pasado. Te confieso que no esperaba que fueras tan… inexperta. ¿Qué tal si me olvido… o intento olvidarme de lo tentadora que eres y te doy mi palabra de no volver a besarte mientras estés aquí?

Que la encontrase «tentadora» la dejó sin palabras.

—Sí, bueno… no es sólo eso. Hemos venido aquí este fin de semana para que conocieras mejor a Pip, pero… las cosas ya son suficientemente complicadas como para complicarlas más aún.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes muy bien lo que quiero decir —lo interrumpió Leyne —. Fuiste el amante de mi hermanastra y eres el padre de su hija. Lo último que deseo es tener una aventura contigo.

—Ah, ya. Pero es que te equivocas, Leyne.

—¿Ah, sí?

Jack tardó unos segundos en contestar:

—Te equivocas si crees que quiero tener una aventura contigo. De hecho, tener una aventura contigo es lo último que deseo.

¿Qué quería, que se muriera de vergüenza?, se preguntó Leyne, enfadada.

—Ah, vaya, muchas gracias. ¿Quieres que corte el pan? —preguntó, sin mirarlo.

—Eres una mujer de carácter, Leyne Rowberry —dijo él entonces.

Leyne se alegró infinito al oír los pasos de Pip en la escalera. Mientras desayunaban, la niña preguntó si podían dar un paseo por la playa antes de marcharse.

—Claro que sí. Pero si vuelve a aparecer la señora de ayer, yo tiraré los palos a su perro —contestó Jack.

Pip rió y Leyne tuvo que sonreír también. ¿Cómo era posible que se llevaran tan bien, que el parecido entre ellos fuese tan evidente y que, sin embargo, Jack se negase a aceptar que era el padre de la niña?

Unas horas después estaban de vuelta en casa. Jack la ayudó a llevar las bolsas de viaje hasta el salón y Leyne sintió la obligación de mostrarse amable.

—¿Quieres un café antes de irte? —preguntó. Intentaba disimular, pero la idea de no volver a verlo le producía una angustia infinita.

—No, gracias. Tengo cosas que hacer. Adiós, Pip —se despidió Jack, dándole un beso en la mejilla. Y mientras Pip se llevaba la mano a la mejilla como si no pensara lavársela nunca, se volvió hacia Leyne e inclinó la cabeza—. Los privilegios de un novio —murmuró, antes de besarla en los labios—. Nos vemos. Adiós.

Y luego desapareció. Y Leyne se percató de que, igual que Pip se había llevado una mano a la mejilla, ella estaba deseando llevarse una mano a los labios.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —preguntó la niña.

—Sí... bueno, claro.

Supuestamente, era su novio. ¿Qué iba a decir?

—¿Estás enamorada de él? —le preguntó su sobrina, muy seria.

—Me parece a mí que es hora de que las jovencitas demasiado inquisitivas suban a su habitación y se metan en la cama. Mañana es día de colegio —le recordó Leyne.

—¡Estás enamorada! —exclamó Pip, antes de subir corriendo la escalera.

Leyne se quedó mirándola, perpleja. Era cierto. Ella, Leyne Rowberry, estaba locamente enamorada de Jack Dangerfield. Lo quería tanto que le dolía. Tanto que no le había parecido nada extraño besarlo y dejarse acariciar por él. De hecho, ahora mismo

sentía el deseo de volver a besarlo, de tocarlo, de oír su voz de nuevo…

Pero la verdad era que, aunque Jack parecía encantado besándola, no tenía ninguna intención de mantener una aventura con ella.

Y, por supuesto, ella estaba encantada de que fuera así.

Capítulo 6

Leyne no pudo dejar de pensar en Jack Dangerfield en toda la noche. Cómo se había enamorado de él no tenía ni idea. Pero lo amaba. Estaba loca por aquel hombre.

Y su hermanastra, antes que ella, también había estado enamorada de él. Y, aunque Leyne sabía que sus sentimientos por Jack eran profundos, sabía también que debía olvidarse de él lo antes posible.

—Será mejor que te pongas el abrigo, cariño —le dijo a Pip por la mañana, mientras comprobaba que lo llevaba todo en la mochila.

—¡El abrigo! ¡Me lo dejé en el coche de Jack!

Leyne se dio cuenta de que el día anterior estaba tan preocupada por su recién descubierto amor por Jack Dangerfield que no se había dado cuenta de que Pip no llevaba su abrigo.

—Pero...

—Me lo quité en el coche y luego se me olvidó —dijo la niña—. Debió de caerse al suelo.

—No pasa nada. Yo debería haberme dado cuenta... Tendrás que ponerte uno mío.

—¡No puedo! —exclamó Pip que, como todas las adolescentes, era muy particular con su vestuario—. Además, la señorita Jameson se enfadará si no llevo el uniforme completo.

—Bueno, pues entonces escribiré una nota para la señorita Jameson —suspiró Leyne, pensando que tendría que llamar a Jack.

—Puedo ponerme tu chaqueta de lana. Es azul oscura y no llamará la atención.

—Me parece muy bien. Mañana tendremos aquí tu abrigo, no te preocupes.

—¿Vas a llamar a Jack?

—Sí, claro, tendré que llamarlo —murmuró Leyne, entrando en el estudio para escribir una nota a la señorita Jameson y guardar un inhalador en el bolsillo de la chaqueta—. ¿Lista?

Leyne pensó que sería absurdo llamar a Jack antes de las nueve, de modo que esperó hasta llegar a la oficina. Pero una vez allí, siguió esperando, nerviosa.

Empezaba a impacientarse consigo misma, de modo que levantó el auricular y marcó el teléfono de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield.

—¡Leyne! ¿Ya me echas de menos?

Tanto que no podría explicárselo. Pero no iba a decirle eso.

—Es que Pip se ha dejado el abrigo en tu coche. Debió de caerse al suelo y... no nos dimos cuenta.

—¿Y no tiene otro abrigo?

—Sí, bueno, es que éste es el abrigo del uniforme.

—Ah, muy bien. Me pasaré por el colegio para llevárselo. ¿Le has dado un inhalador? Sé que siempre lo lleva en el bolsillo.

—Claro que le he dado un inhalador —sonrió Leyne—. Serías un buen padre, por cierto.

—Ya te lo diré cuando lo sea —contestó él.

¿Cómo podía ser tan testarudo? ¿No era evidente que Pip era su hija?

—No hace falta que vayas al colegio —replicó Leyne entonces, enfadada—. Por hoy está bien con la chaqueta y tiene varios inhaladores. Si no te importa sacar el abrigo del coche y dejarlo en la recepción de tu oficina, yo misma iré a buscarlo a la hora de comer.

—Muy bien, lo haré.

Leyne, nerviosa, era incapaz de concentrarse en el trabajo. De modo que se levantó para ir al lavabo. Se cruzó con Keith en el pasillo, pero no se molestó en saludarla. «Peor para él», pensó.

Jack, y la idea de ir a su oficina, la tuvo nerviosa durante toda la mañana. Tanto que decidió adelantar la hora del almuerzo para no esperar más. Salió de su despacho a las doce, decidida a recuperar el abrigo de Pip y acabar con el asunto lo antes posible. Sólo entonces podría relajarse.

Pero no fue tan fácil, porque Jack no había dejado el abrigo en recepción. Debía de estar muy ocupado y no había tenido tiempo de

bajar a buscarlo... Como no iba a esperar una hora allí sentada, Leyne iba a marcharse cuando la recepcionista la llamó:

—El señor Dangerfield me pidió que la acompañase a su despacho.

Leyne abrió la boca para decir que no hacía falta, pero la necesidad de verlo, aunque sólo fuera un momento, fue superior a ella.

—Muy bien, gracias.

Aunque quizá no iba a verlo, pensó entonces. Quizá la llevara al despacho de su ayudante. Un hombre tan ocupado como Jack Dangerfield...

—¡Leyne! —Jack se levantó al verla entrar. No parecía sorprendido, de modo que la recepcionista debía de haberlo avisado de su llegada—. Entra, por favor.

—Siento interrumpirte. Pensé que habrías dejado el abrigo...

—No pasa nada. Iba a llamarte de todas formas.

—¿Ah, sí?

—Había pensado que podríamos cenar juntos alguna noche.

¿Quería que salieran juntos? ¿Como en una cita? El corazón de Leyne se lanzó al galope. Fue entonces cuando supo que iba a tener que usar la lógica o acabaría desmayándose.

—¿Por qué? —preguntó, muy seria. Jack sabía lo que quería oír: que estaba dispuesto a admitir que era el padre de Pip. Pero para eso no tenían que cenar juntos a la luz de las velas.

—¿Por qué no? —replicó él.

—No veo por qué tendríamos que cenar juntos.

Jack sonrió Y fue una sonrisa tan devastadora, tan carismática que a Leyne empezaron a doblársele las rodillas.

—¿No te gusto?

«¿Gustarme?» «Te adoro», pensó ella.

—¡No tienes por qué gustarme!

—Pero te gusta besarme —insistió Jack.

—Mira, cállate...

Y, de repente, los dos empezaron a reír. Estaban mirándose a los ojos cuando la puerta del despacho se abrió y una mujer muy elegante de unos cuarenta años entró con varias carpetas en la mano.

—Ah, perdón. No sabía que tuvieras visita —se disculpó,

pasando la mirada de uno a otro.

Jack le presentó a su ayudante, Yvonne Lyle.

—Hemos hablado por teléfono —dijo ella, con una amistosa sonrisa—. Por cierto. Noel Bridger acaba de llamar desde Australia. He dejado una nota en tu escritorio. Supongo que allí es medianoche ahora... aunque imagino que tú sabes más sobre zonas horarias que yo.

—¿Has estado en Australia? —preguntó Leyne.

—Sí, hace algún tiempo.

—Los doce últimos años para ser exactos —contestó Yvonne por él—. Casi trece.

—Tienes buena memoria —murmuró Jack.

—No podría olvidar algo así —replicó su ayudante, con una sonrisa—. Yo acababa de empezar a trabajar contigo y, de repente, te fuiste...

—Llamaré a Bridger en cuanto pueda —la interrumpió Jack. Yvonne, que evidentemente tenía una excelente relación profesional con su jefe, entendió la indirecta.

—Encantada de conocerla, señorita Rowberry —se despidió, antes de salir.

—Tu ayudante parece conocerte muy... —empezó a decir Leyne, pero se detuvo abruptamente. ¿Qué había dicho Yvonne? ¿Que Jack se había marchado a Australia doce años antes?

—Leyne...

—Esa mujer acaba de decir que has vivido en Australia durante los últimos doce años... casi trece.

Estaba en Australia cuando Max se quedó embarazada. Y Max nunca había estado en ese país.

Jack no dijo nada.

—Entonces, es verdad, no eres el padre de Pip —murmuró Leyne, con un nudo en la garganta.

—Ya te dije que no lo era.

—Pero... ¿no volviste a Inglaterra en todo ese tiempo?

—Mira, es mejor que no hablemos de esto ahora...

—¿Volviste o no?

—Durante los primeros años, no —contestó Jack—. Leyne, yo...

Pero ella había dado un paso atrás.

—Pip fue concebida cuando tú estabas en Australia. No eres su

padre. No puedes serlo, es imposible. Dijiste que no lo eras, pero yo no quise creerte.

No podía soportarlo. Era horrible. Estaba tan convencida de que Jack era el padre de Pip...

—Y la prueba de ADN... ¿era mentira? —lo acusó.

—No, yo...

—Dijiste que entre Pip y tú había una relación de parentesco, pero...

—Te dije la verdad —la interrumpió él—. Creo que Pip y yo estamos emparentados... en los cabellos que me diste había suficiente ADN como para demostrar eso al menos.

Leyne no sabía si creerlo.

—Pero tú no eres su padre. ¿Cómo vais a estar emparentados? Y dijiste que no conocías a Max...

—Porque no la conozco.

A Leyne le daba vueltas la cabeza.

—Entonces, si debo creer el resultado de la prueba, alguien de tu familia es el padre de Pip. ¿Quién?

Jack dejó escapar un largo suspiro.

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes o no quieres? —le espetó ella, furiosa.

Jack no contestó y, airada, Leyne salió de su despacho dando un portazo. No podía soportarlo más.

Volvió a su oficina sin saber cómo. No recordaba haber subido al coche y mucho menos haber hecho el trayecto. Durante todo ese tiempo, Jack había sabido que no era el padre de la niña. Ella insistía en que lo era, pero... ¿para qué había querido ir a Sherbourne?, se preguntó entonces. Había dicho que quería conocer mejor a Pip. ¿Para qué si no era su hija?

Ojalá lo hubiese creído, pensó. Entonces recordó que él le había preguntado si su hermana había estado en Australia. Ahora todo tenía sentido, claro.

Pero, si no era Jack... ¿quién era el padre de Pip?

Leyne no dejaba de darle vueltas a la cabeza y sólo por la tarde se dio cuenta de que había olvidado recoger el abrigo de la niña. Pues no pensaba volver por él. Desde luego que no. Y eso significaba que tendría que comprarle un abrigo nuevo.

Leyne estaba a punto de ir al despacho de Tad Inglefield para

decirle que tendría que marcharse una hora antes cuando la puerta se abrió y su jefe asomó la cabeza. ¡Con el abrigo de Pip en la mano!

—¿De dónde lo has sacado? —exclamó ella—. ¿Lo ha traído Jack?

—Estaba en recepción. Por lo visto, lo ha traído un mensajero.

Cuando Leyne salió de la oficina, sin dejar de pensar en lo que había descubierto, estaba un poco más calmada. Tenía que hablar con él, tenía que convencerlo para que le dijera quién era el padre de la niña.

Fue a buscar a Pip preguntándose... Jack era hijo único. Quizá algún primo entonces. Algún primo o algún tío suyo había hecho creer a Max que era el presidente de Proyectos de Ingeniería J. Dangerfield. Algún pariente al que Jack estaba protegiendo...

Pues no debía molestarse en hacerlo, pensó. Ellas no querían nada de ese hombre. Pip se merecía algo mejor. Era una niña maravillosa y, en su opinión, era un crimen que su padre no quisiera saber nada de ella.

Cuando sonó el teléfono por la noche, Leyne pensó que sería Jack. Pero no, eso era ridículo. Seguramente no volvería a llamar nunca. Mejor, además. Pip estaba en el baño, de modo que fue a contestar, rezando para que fuese Max.

Pero no era Max ni Jack Dangerfield. Era Ben Turnbull... el famoso fotógrafo que se había convertido en jefe de su hermanastra.

—Max tenía muchas ganas de llamarte...

—¿Se encuentra bien? —lo interrumpió Leyne.

—Sí, sí, está bien. Estuvo enferma, pero se está recuperando.

—¿Enferma? ¿Qué le ha pasado?

Por lo visto, su hermanastra se había hecho un corte en una pierna y no se lo contó a nadie para no retrasar el trabajo. Pero la herida se infectó y, en poco tiempo, empezó a tener fiebre y a delirar.

—¿A delirar? —exclamó Leyne, sujetando el teléfono con las dos manos.

—No se preocupe, ahora está bien —le explicó Ben Turnbull, diciéndole después que, en su delirio, estaba convencida de que a su hija le había pasado algo—. Por eso tuve que mandar a Urbano para que la llamase.

—Ah, ya —murmuró Leyne—. ¿Pero de verdad está bien?

—Sí, sí, de verdad. Urbano le confirmó que había hablado con la niña personalmente y Max se recuperó enseguida. No ha podido venir porque estamos en medio de la jungla y el viaje hasta el pueblo más cercano sería agotador, pero me ha pedido que les diga que piensa mucho en las dos y que no se preocupen, que está perfectamente.

—¿Seguro?

—Seguro —contestó el fotógrafo—. De no ser así, yo estaría a su lado. No se preocupe, Max la llamará en cuanto pueda. Con un poco de suerte, la semana que viene.

Los ojos de Leyne se llenaron de lágrimas. Pobre Max, herida en medio de una jungla... y delirando.

En ese momento oyó a Pip salir del cuarto de baño y decidió contarle lo que pasaba:

—Ben Turnbull acaba de llamar...

—¿Ha llamado mi madre?

—No, ella no podía porque... Ben me ha dicho que tu madre estuvo enferma, pero que ya está bien.

—¿Mi madre ha estado enferma?

—Por lo visto, se hizo un corte y no se lo curó bien... pero Ben me ha asegurado que ya está estupendamente y que nos llamará para charlar en cuanto pueda —contestó Leyne—. La semana que viene posiblemente.

—Si el señor Turnbull ha podido llamar, ¿por qué no puede llamar mi madre?

—Porque tenía mucho trabajo —contestó Leyne—. La verdad es que no he tenido tiempo de preguntarle mucho más. Pero Max está bien, no te preocupes.

Más tarde esa semana, Leyne descubrió a Pip mirándola de nuevo con un brillo interrogante en sus ojos verdes.

—Leyne.

—¿Philippa? —intentó bromear ella.

—Cuando mi madre llame la semana que viene, ¿se lo vas a preguntar?

Leyne sabía muy bien a qué se refería.

—Pienso hacerlo, cariño. De verdad he intentado encontrar a tu padre, pero... en fin, sigo sin saber nada.

—Bueno, tranquila. Sé que has hecho lo que has podido —la tranquilizó su sobrina.

El viernes por la mañana sonó el teléfono y Jack Dangerfield preguntó, como si no pasara nada:

—¿Cómo está la chica más guapa del mundo?

—¡Menuda cara! —le espetó Leyne, aunque su corazón se había puesto a mil por hora al oír su voz.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó Jack, todo inocencia.

—¿No lo sabes?

—Lo único que he hecho es decirte que no soy el padre de Pip. No es culpa mía que no me creyeras.

—Pero tú sabes quién es su padre.

—No lo sabía, lo sospechaba.

—¿Lo sospechabas?

—Recibí la confirmación anoche.

—¿Sabes quién es?

—Sí.

A Leyne se le puso el corazón en la garganta.

—¿Vas a decírmelo? A mí me da igual, pero Pip...

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Te lo diré este fin de semana.

—¡Este fin de semana! —exclamó Leyne.

—Tengo muchas cosas que contarte. He pensado que podríamos ir a Sherbourne esta noche y...

—¡Oh, no!

—Venga, Leyne. Prefiero decírtelo cara a cara... Además el fin de semana pasado no fue tan horrible, ¿no?

Leyne recordó entonces esos minutos entre sus brazos.

—Pues...

—Creo recordar que Pip es una carabina estupenda, además.

—Es que...

—¿Voy a buscaros a las siete?

Pip se puso a dar saltos de alegría cuando Leyne le dijo que pasarían el fin de semana en Sherbourne.

—¡Genial! Ah, pero necesito comprar pinturas para la clase de dibujo del lunes. Iba a pedirte que fuéramos mañana.

—Bueno, supongo que si te portas bien. Jack podría llevarnos al

pueblo —contestó Leyne.

Pip y ella estaban listas cuando el coche de Jack apareció en la puerta. Jack, que no era el padre de Pip. Entonces recordó que había intentado convencerla de que como «posible padre» tenía más derechos sobre la niña que ella. ¿Para qué demonios había hecho eso?

Leyne intentó mostrarse fría, pero era muy difícil. Amaba a ese maldito hombre, estaba enamorada de él y, a pesar de lo que dijera su expresión, volver a verlo era maravilloso.

Una vez en Sherbourne, cenaron lo que la señora Ford había dejado en el horno para ellos y, después de pasear un rato por el jardín, Pip se fue a la cama con un libro.

—¿Subes conmigo, Leyne?

—¿Quieres que te arrope? —bromeó ella.

—¡Tonta!

Leyne estaba deseando bajar al salón para que Jack le contase todo lo que sabía sobre el padre de la niña. Fuera quien fuera, tendría que proteger a Pip. Si Jack le revelaba que el hombre al que Max había amado una vez era una especie de villano, tendría que pensarse muy bien qué iba a decirle a la niña. Pip merecía sinceridad, pero aún no tenía doce años y ella se encargaría de protegerla.

Encontró a Jack en el salón, esperándola, y cerró la puerta por si Pip bajaba a buscar un vaso de agua. No quería que escuchase esa conversación.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó él.

—No, gracias.

—Ven, siéntate.

Nerviosa, se sentó en uno de los sillones y Jack hizo lo propio frente a ella. Se miraron y por un segundo. Leyne olvidó de qué tenían que hablar.

Pero eso no podía ser.

—Has dicho que ya sabes quién es el padre de Pip.

—Sí, es cierto. Tenía mis sospechas por lo que me habías contado, pero... había ciertas complicaciones.

—Por favor, déjate de rodeos y dime quién es. Está claro que tú no eres el padre de mi sobrina… a pesar de que, como «posible padre» tenías más derechos sobre la niña que yo —le recordó Leyne.

Jack tuvo que sonreír.
—Soy muy mala persona.
—Sí, ya. Bueno, cuéntame.
—Anoche cené con el hombre que, yo estaba convencido, era el padre de Pip. Le pedí que se reuniera conmigo por un asunto de importancia...
—¿Y le preguntaste directamente?
—No tuve que hacerlo. Lo que pregunté fue si conocía a una chica llamada Maxine Nicholson.
—¿Y te dijo que sí?
—Se quedó muy sorprendido por la pregunta. Pensaba que nos habíamos reunido para hablar de negocios, pero me contó que había conocido a Maxine hace mucho tiempo. Cuando le pregunté si sabía que ella tenía una hija de doce años, tardó muy poco en hacer los cálculos... Y se quedó helado.
—¿No sabía nada de Pip?
—No.
—¿Pero ha admitido ser su padre?
—Ni siquiera tuve que sugerirlo —asintió Jack—. A pesar de lo que crees, es un hombre honesto. Sencillamente, no volvió a tener contacto con tu hermanastra, por eso desconocía la existencia de Pip.
—¿Quién es? —preguntó Leyne.
—Es el antiguo presidente de la empresa —contestó Jack.
—¿El antiguo presidente? Ah, entonces mi madre no se había equivocado —murmuró Leyne.
—No, tu madre no se había equivocado. El padre de Pip se llama John Dangerfield.
—Como tú. ¿Es un primo tuyo, un tío?
—No —contestó Jack—. John Dangerfield es mi padre.
Leyne lo miró, incrédula.
—¿Tu padre es el padre de Pip?
—Me temo que sí. Debía de tener unos cuarenta y ocho años entonces.
Leyne tuvo que cerrar los ojos.
—Max tenía veintitrés...
—Admito que cuando vi la prueba de ADN empecé a sospechar. Pero no podía creer que fuese mi padre.

—¿No te atrevías a preguntárselo?

—No es una pregunta fácil de hacer, te lo aseguro.

—No, desde luego que no.

—Mis padres siguen casados, Leyne.

—¿Qué?

—Que nunca se han divorciado.

—¿No están separados siquiera?

—No —suspiró Jack—. De hecho, yo siempre pensé que eran una pareja feliz.

—Dios mío...

—Mi padre quiere conocer a Pip —dijo Jack entonces.

—¡No! —contestó Leyne, sin pensar.

—¿No?

—Yo... tengo que pensarlo. Acabas de decirme que es tu padre... y que sigue casado con tu madre. ¿Cómo voy a explicarle eso a la niña?

—Le he dicho a mi padre que tú eras muy protectora con Pip y él no quiere hacer absolutamente nada que pudiese herir a la niña, te lo aseguro. De verdad es un hombre honesto...

—Sí, claro, por eso tuvo una aventura con una cría de veintitrés años aunque estaba casado —le espetó Leyne.

Jack apretó los dientes.

—No creo que fuera así de sencillo.

—Pues yo creo que sí.

—A veces puedes ser muy dura. Leyne —suspiró él—. Cuando mi padre conoció a tu hermanastra, su matrimonio estaba pasando por un mal momento. Yo no tenía ni idea, claro... El matrimonio de mis padres siempre me había parecido tan sólido como una roca. Por eso, cuando anoche confirmé que él era el padre de Pip también me quedé helado. Maxine pasó por su vida en un momento difícil y... en fin, mi madre había sufrido un accidente. Se cayó de un caballo y los médicos dijeron que nunca volvería a caminar. Una mujer que siempre estaba yendo de un sitio a otro, una persona tan activa... La pobre sufrió una terrible depresión y le dijo a mi padre que quería el divorcio. No quería convertirse en una carga y su relación se deterioró de una forma horrible.

—¿Fue entonces cuando tú te marchaste a Australia?

—Me quedé aquí durante unos meses después del accidente,

pero cuando supimos que no se podía hacer nada, mi padre insistió en que me fuera. Yo llamaba por teléfono casi todos los días, por supuesto, pero cada vez que sugería volver a casa, mi padre me encargaba un trabajo nuevo. Si quieres que te sea sincero, aparte de la enfermedad de mi madre, la verdad es que lo pasé muy bien en Australia.

—Ya me lo imagino.

—Tenía veinticuatro años.

—Ya, claro.

—Pero anoche descubrí por qué mi padre no quería que volviese a Inglaterra —suspiró Jack.

—No quería que supieras que tu madre había pedido el divorcio.

—Quería intentar convencerla de que la amaba y no le importaba en absoluto cuidar de ella. Pero fue entonces, con mi madre empeñada en divorciarse y conmigo en Australia, cuando conoció a Maxine.

—¿Se enamoró de ella? —preguntó Leyne.

—Me ha dicho que la quería mucho, que era una persona muy especial. Pero en el fondo de su corazón siempre ha estado enamorado de mi madre. Su relación con tu hermanastra fue breve. Mi padre rompió con Maxine porque se sentía culpable.

—O sea, que fue él quien la dejó.

—No lo juzgues así —dijo Jack entonces—. Según mi padre, Maxine es una chica muy orgullosa y él tenía la impresión de que se habían separado de mutuo acuerdo. No volvió a llamarla nunca, pero... su prioridad era convencer a mi madre de que debían seguir juntos y que tenía que hacer lo posible por recuperarse. Para él fue una sorpresa tremenda descubrir que Maxine había tenido una hija.

—¿Max sabía que tu padre tenía un hijo?

—Sí. Mi padre no le habría mentido.

Leyne dejó escapar un suspiro.

—Supongo que Max pensó que lo mejor era no decirle nada.

—Pero no se le ocurrió pensar que algún día su hija empezaría a interesarse por su padre —suspiró Jack.

Ella se levantó, nerviosa.

—Sí, claro. Bueno, será mejor que me vaya.

—¿Seguro que no quieres tomar nada? Yo creo que te sentaría bien una copa.

—No, gracias —contestó Leyne—. Jack... tu madre, ¿cómo está ahora?

—Muy bien. Se recuperó del todo.

—¿En serio?

—Tiene una voluntad de hierro y cuando mi padre logró convencerla de que la amaría siempre, estuviera postrada en una cama o no, empezó a hacer ejercicios de rehabilitación. Luego la operaron varias veces y... dos años después del accidente estaba como nueva.

—Me alegro —dijo Leyne—. Pero tú...

—¿Yo qué?

—¿Te has dado cuenta de que eres hermano de Pip? Bueno, hermanastro.

—Claro que me he dado cuenta.

—¿Y qué te parece?

—Si quieres que te diga la verdad, estoy encantado de tener una hermana pequeña.

Leyne sonrió. Al final, parecía que todo iba a solucionarse. Bueno, casi todo.

—Buenas noches, Jack.

Pero no salió del salón. No pudo hacerlo porque Jack la había tomado entre sus brazos.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes los ojos más bonitos del mundo?

—No me acuerdo —contestó ella—. Pero supongo que alguien me lo habrá dicho, sí.

Fue lo último que pudo decir porque un segundo después. Jack estaba besándola. Lo quería tanto... y estaba entre sus brazos. Y no quería que dejase de besarla nunca.

Pero Jack se apartó.

—Sí, en fin, supongo que es mejor que te vayas a la cama.

Leyne tuvo que sonreír. Aparentemente, tampoco a él le gustaba decirle adiós.

—Sí, será lo mejor.

Jack abrió la puerta y ella salió al pasillo a toda velocidad. Jack Dangerfield era demasiado tentador.

Capítulo 7

Pip no fue a buscarla, libro en mano, a la mañana siguiente. Una señal de que su sobrina se encontraba más a gusto en aquella casa.

Leyne había tardado mucho tiempo en relajarse después de su conversación con Jack. Pero al final se quedó dormida pensando en él y despertó pensando en él.

Jack la había besado... y no era el padre de Pip. Nunca había tenido relaciones con Maxine. No había ninguna barrera que impidiese...

Leyne se levantó de la cama, inquieta. No tenía ni idea de por qué pensaba esas cosas. Por Dios bendito, si sólo le había dado un beso. Además, debía recordar que una semana antes Jack le había dicho que no tenía intención de mantener una aventura con ella.

Tampoco ella deseaba tener una aventura, por su puesto. Además, la situación era muy complicada... aunque Pip no fuera el padre de la niña.

El padre de Pip era el padre de Jack... ¿Cómo demonios iba a decírselo? ¿Cómo se le podía decir eso a una niña de once años?

De nuevo deseando que Max estuviera en casa, Leyne decidió que tendría que pensárselo mucho antes de dejar que John Dangerfield se acercase a la niña.

—Buenos días —la saludó Jack cuando bajó a la cocina.

—Buenos días —sonrió ella. Pip también estaba allí, haciendo un zumo de naranja.

—¿Tienes hambre?

—Desde luego que sí...

En ese momento oyeron el ruido de un coche en la grava del camino que llevaba a la casa y Leyne miró a Jack, interrogante. Luego miró por la ventana, esperando un camión, una furgoneta, un

jeep. Pero el coche que acababa de detenerse frente a la casona de piedra era un elegante Mercedes negro.

—Creo que tienes visita.

Jack se acercó a la ventana.

—Sí, es cierto. Y me temo que es mi padre.

—¡Tu padre! —exclamó Leyne, pasándole un brazo por los hombros a Pip, en un instintivo gesto protector—. ¡Tú lo sabías! ¡Tú...!

Si Pip no hubiera estado allí le habría dicho cuatro cosas, pero debía calmarse para que la niña no sospechase nada.

—Pip y yo subiremos a la habitación mientras tú... —el sonido del timbre la interrumpió.

Pero Jack impidió que subieran a la habitación tomando a Pip de la mano.

—Ven a saludar a mi padre. Se sentiría ofendido si salieras corriendo.

Leyne tuvo que morderse los labios para no decir lo que pensaba.

—Bueno, nos quedaremos aquí mientras abres la puerta —logró decir, buscando una rápida solución al problema. Y sin encontrarla.

Jack soltó la mano de la niña, que miraba de uno a otro sin entender nada.

—¿Qué pasa, Leyne?

—Nada, cariño.

Desde la cocina oyeron a los Dangerfield saludarse afectuosamente, pero Leyne estaba más preocupada por saber si Pip estaba bien.

—Ven, voy a presentarte a las chicas —oyó que decía Jack.

John Dangerfield, el padre de Jack, el padre de Pip, era un hombre atractivo. Tenía el pelo negro, igual que su hijo. La única diferencia era que ahora tenía canas en las sienes. Sus ojos, verdes como los de Jack, estaban clavados en Pip.

—He traído huevos y beicon que he comprado en el pueblo. ¿Me invitáis a desayunar?

Mientras Jack hacía las presentaciones, Leyne comprobó que Pip parecía fascinada por aquel hombre que se parecía tanto a Jack. Y que era tan encantador como él.

—He oído hablar mucho de ti, Leyne —le dijo, con una sonrisa

en los labios—. Espero que no te importe que haya venido sin avisar.

—No, en absoluto —contestó ella. El hombre, como cualquier ser humano, hubiera cometido errores o no, merecía un respeto y, además, con Pip allí no podía decirle lo que pensaba.

Jack y su padre hicieron el desayuno mientras ellas ponían la mesa.

—¿Qué os apetece hacer esta mañana? —preguntó Jack cuando los cuatro estuvieron sentados.

Leyne recordó entonces que Pip necesitaba comprar material de dibujo.

—Tenemos que ir al pueblo a comprar algunas cosas que Pip necesita para el lunes. Pero iremos solas, no te preocupes. Iremos dando un paseo, ¿verdad. Pip?

Jack la fulminó con la mirada. Evidentemente, no le hacía gracia que quisiera marcharse sin él.

—Os llevaré yo —se ofreció su padre.

—No hace falta...

—No tengo otra cosa que hacer —sonrió John Dangerfield—. Además, hace siglos que no paseo por el pueblo.

Leyne comprobó que Pip parecía impresionada con el padre de Jack. Tanto que después de desayunar lo ayudó a meter los platos en el lavavajillas y le explicó cómo funcionaba. Parecía sentirse a gusto con él. Y no era normal que Pip se sintiese cómoda con una persona mayor.

Jack seguía en el salón mientras Leyne quitaba el mantel, pero cuando intentó salir, él la sujetó por la muñeca.

—Puedes odiarme a mí, pero no odies a mi padre.

—Eso es fácil, no te preocupes —replicó ella. Curiosamente, esa replica despertó una carcajada en los dos.

—Leyne... ¿no podrías hacerme un favor?

Qué cara. Presentaba a su padre en la casa como un *fait accompli* y encima le pedía un favor.

—¿Qué favor?

—Deja que mi padre vaya con Pip al pueblo.

—Lo dirás de broma.

—No, lo digo completamente en serio. Volverán en menos de una hora.

—¡No!

—No puedes privarlo de una hora, sólo una hora juntos. Para que se conozcan un poco.

—Pues sí, pienso privar a tu padre de eso —replicó Leyne.

—Tú has tenido la suerte de disfrutar de esa niña durante doce años. ¿Vas a negarle a su padre una hora?

—No es eso, Jack.

—¿Entonces?

—No quiero que Pip sufra.

—¿Y por qué va a sufrir? Mi padre no dirá nada, te lo prometo —insistió Jack.

En ese momento, Pip asomó la cabeza en el salón.

—Voy a subir por mi abrigo, Leyne. ¿Quieres que baje el tuyo?

—Voy contigo —contestó ella. Pero cuando estuvo sola en su habitación, pensó en lo que Jack había dicho, en la suerte que había tenido de disfrutar de Pip durante doce años mientras John Dangerfield no había podido hacerlo.

¿Estaba siendo demasiado egoísta, demasiado rencorosa! John Dangerfield desconocía la existencia de Pip hasta la noche anterior. Y lo primero que había hecho era ir a verla.

Además, estaba segura de que John sería discreto. Y en cuanto a Pip...

—¿Nos vamos? —preguntó la niña.

—¿Sabes una cosa? Creo que voy a quedarme. ¿Te importa ir al pueblo con John?

—¿Jack va a venir también?

—No, creo que tiene que hacer algo por la casa. ¿Cuánto dinero necesitas?

Cuando bajaron, Jack y su padre estaba esperando al pie de la escalera.

—¿Nos vamos?

—Yo me quedo —contestó Leyne—. ¿Le importa ir con Pip al pueblo, señor Dangerfield?

—No, claro que no. ¿Llevas tu inhalador?

La niña se tocó el bolsillo del abrigo.

—Sí.

En cuanto se marcharon, Leyne, que necesitaba un poco de espacio, le dijo a Jack que iba a dar un paseo.

—¿No quieres compañía?

—No, gracias.

Una hora después volvió a la casa, pero no había decidido nada y la situación cada vez le parecía más complicada. ¡Menudo momento para que Max estuviera en Brasil!

Por supuesto, ninguna de las dos podía haber imaginado lo que iba a ocurrir.

—¿No han vuelto aún?

Antes de que Jack pudiera contestar sonó el teléfono. En circunstancias normales. Leyne se habría alejado discretamente para que pudiese hablar en privado, pero aquéllas no eran circunstancias normales. Para empezar, porque su sobrina se había ido al pueblo con un completo desconocido. Que fuera su padre o no era completamente insustancial.

—Es mi padre —dijo Jack entonces.

—¿Y?

—Quiere saber si puede invitar a comer a Pip. Pero si tú dices que no, la traerá ahora mismo.

Leyne habría querido decir que no. Quería tener a la niña a su lado porque sólo así se sentía completamente segura, pero...

—De acuerdo.

Luego subió a su cuarto. Pero no bajó después de dejar el abrigo. Se quedó en el asiento de la ventana, mirando hacia el camino. No saldría de allí hasta que viera el coche de John Dangerfield. Pero, inesperadamente, la puerta se abrió y Jack entró en la habitación.

—¿No sabes que hay que llamar?

—Perdona. No he podido darte las gracias.

—No hace falta. ¿Lo están pasando bien?

—Por lo visto, se llevan fenomenal. Pip se ha negado en redondo a dejar que mi padre pagase por el material escolar.

—Me alegro.

—Pues no pareces muy alegre...

—¿Tú sabías que tu padre iba a venir?

—No, te aseguro que no. No tenía ni idea. Aunque debería haberlo imaginado. Cuando supo que tenía una hija de la que no sabía nada se sintió culpable por no haber podido ayudar a tu hermana económicamente...

—¡Mi hermana no necesita su dinero!

—Ya lo sé, Leyne. Ya sé que vosotras no necesitáis nada. ¿Pero y él? ¿Y Pip? La niña necesita un padre o no estaría tan interesada en encontrarlo, ¿no te parece? Y mi padre es un hombre honesto, te lo aseguro. Sólo quiere enmendar un error… aunque él no supiera nada de la existencia de Pip.

—Ya, pero…

—¿Pero qué?

—¡Que estoy asustada! —exclamó Leyne entonces.

—¿Asustada tú? No te creo.

—Me da miedo meter la pata. Hacer algo que no debería hacer. No he podido hablar con mi hermanastra… Max no sabe nada de todo esto.

—Pero lo que estás haciendo es lo que Pip quiere, ¿no?

—Sí, desde luego, pero… no sé. Quizá me haya apresurado, quizá debería haber esperado hasta que Max volviera de Brasil. No sé si lo estoy haciendo mal, Jack.

Él la tomó entre sus brazos.

—No lo estás haciendo mal, cariño. De hecho, no creo que nadie pudiera estar haciéndolo mejor que tú. Tu hermanastra no podrá decir nada… Bueno, seguramente debería darte las gracias.

—Pero…

—Nada de peros, es la verdad. Lo importante es la felicidad de Pip, ¿no?

—Sí, claro, pero…

—¿Leyne?

—¿Sí?

—Hay un momento para hablar y un momento para estar en silencio —dijo Jack en voz baja.

—Ah.

Y entonces Jack la besó. Un beso tierno y apasionado al mismo tiempo. Y siguió besándola. Leyne se dio cuenta, medio mareada, de que antes llevaba un jersey y ahora sólo llevaba la camisa, que Jack estaba desabrochando en ese momento.

—Aquí hace mucho calor, ¿no? —bromeó él.

Leyne no puso objeción alguna cuando empezó a desabrochar su propia camisa. Al fin y al cabo, hacía mucho calor.

—Eres preciosa —murmuró Jack con voz ronca.

Lo que pasó después fue absolutamente nuevo para ella. La

habían besado muchas veces, pero besarse así, estando medio desnuda, sintiendo la piel del torso masculino rozando sus pechos encendió un fuego en su interior que le era desconocido. Un fuego que no parecía extinguirse con sus caricias, todo lo contrario.

Lo deseaba tanto... Cuando le quitó el sujetador, no sintió vergüenza alguna. Aquello era lo que había estado esperando, él era a quien había estado esperando. Jack, su amor.

Leyne no podía pensar, sólo podía sentir cuando él se inclinó para acariciar sus pechos con la lengua.

—Te deseo —dijo en voz baja.

—Cariño...

Jack seguía besándola y mientras la besaba le quitó el resto de la ropa. Con la excepción de las braguitas porque, en un momento de pudor, Leyne puso la mano para evitar que lo hiciera. Pero Jack no se sintió ofendido.

—Dos pueden jugar al mismo juego —murmuró, quitándose los pantalones.

Luego la tumbó sobre la cama. Y estar debajo de él, sintiendo el peso de su cuerpo, era como estar en el cielo para Leyne.

—Cariño... —Jack llevó la mano a sus braguitas y la miró a los ojos—. ¿Puedo?

—Sí —contestó ella.

—¿Puedo hacerte mía?

«Oh, Jack, Jack, sí».

—Sí —dijo Leyne por fin—. Por favor —añadió, recordando sus buenas maneras.

—Eres maravillosa —rió él, bajando las braguitas. Pero entonces, de repente, se apartó—. No, no puede ser.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Que no tengo preservativos —suspiró Jack—. Y supongo que tú no tomas la píldora.

—No —contestó Leyne.

—Entonces no podemos hacer nada, cariño.

—Pero...

—No quiero dejarte embarazada.

Embarazada. Concebir un hijo era algo que, en el calor del momento, ni se le había ocurrido. Y, aunque le gustaría mucho tener un hijo con Jack Dangerfield, lo ideal sería tenerlo en el

momento adecuado. Cuando estuvieran casados, por ejemplo.

Aunque eso no iba a pasar nunca, pensó, con tristeza. De modo que debía disimular.

—Vaya hombre, mi única oportunidad de saber qué es eso de lo que todo el mundo habla y tú te me pones noble.

Jack soltó una carcajada.

—Podríamos arreglar eso… en otro momento.

—No, no lo creo —contestó Leyne.

—¿No?

—Esto que ha pasado… ha sido algo espontáneo. Me parece que no quiero pedir cita para perder mi virginidad.

Él asintió, un poco sorprendido. Pero enseguida sonrió.

—Resulta increíble que te pongas en plan señorita decorosa cuando te estoy viendo desnuda.

—¡Por favor! —exclamó Leyne, tapándose con la colcha.

Pero Jack se inclinó sobre ella para besarla.

—Esto no puede ser.

—No, no puede ser, es verdad.

Él se incorporó, pasándose una mano por el pelo.

—En fin, hora de darme una ducha fría —suspiró—. Y no te acerques a mí en media hora, por favor.

Leyne tuvo que sonreír. Pero cuando se quedó sola, se preguntó cómo iba a volver a mirarlo a la cara. Si no hubiera sido porque Jack no tenía preservativos, habrían… habrían…

Habrían hecho el amor.

Quizá sería buena idea que también ella se diera una ducha fría. Sí, sería lo mejor. Porque no podía dejar de pensar en los besos de Jack, en las manos de Jack, en las caricias de Jack.

Media hora después sonó un golpecito en la puerta de la habitación. Tenía que ser Jack, pensó, porque el coche de John Dangerfield no estaba en la puerta. Naturalmente, era él.

—Has llamado y todo —intentó bromear.

Él ignoró el sarcasmo.

—Creo que será mejor que no entre en la habitación.

—Sí, bueno…

—He preparado el almuerzo. Pero pensé que a lo mejor no querrías comer conmigo.

—Conoces bien a las mujeres —suspiró Leyne.

—Es un arte —admitió Jack—. Por favor, ¿me devuelves mi ropa?

Riendo, Leyne se la dio. No quería reírse, pero no podía evitarlo.

—Venga, vamos a comer.

—Bajo enseguida. Dame cinco minutos.

Fiel a su palabra, bajó cinco minutos después y, afortunadamente, Jack empezó a hablar de cosas que no eran su «furtivo encuentro». Le preguntó qué tal le iba en el trabajo, por ejemplo, y si le gustaba lo que hacía.

—La verdad es que sí. Además, puedo trabajar en mi casa si hace falta, de modo que me viene muy bien.

—¿Sigues saliendo con ese tipo?

—¿Con Keith? No, qué va, me temo que ya no le caigo precisamente bien. ¿Y tú?

—¿Yo qué? ¿Quieres saber si tengo novia?

—¡No estoy interesada en tu vida amorosa! Preguntaba por tu trabajo —contestó Leyne, a la defensiva.

—Me encanta mi trabajo. Cuando mi padre decidió retirarse, yo me hice cargo de la empresa. Por cierto, ¿has sabido algo de Maxine?

Leyne le habló de la llamada de Ben Turnbull y de lo preocupada que estaba por su hermanastra.

—Afortunadamente, Ben dijo que ya estaba recuperada.

—Cuando te llame, supongo que tendréis que hablar de muchas cosas.

—Sí, desde luego —contestó Leyne, apartando la mirada. Sí, iba a tener que hablar de muchas cosas con su hermanastra.

Unos minutos después, mientras estaban limpiando la cocina, oyeron el coche de John Dangerfield acercándose por el camino.

—Hola, cariño, ¿lo has pasado bien?

—¡Genial! —contestó Pip.

—¿Has comprado todo lo que necesitabas?

—Sí, he encontrado unas pinturas de cera muy bonitas. Voy a subirlo todo a mi habitación.

Leyne contuvo el impulso de ir con ella para preguntarle qué le había dicho John Dangerfield.

—¿Quiere un café, John?

—Sí, gracias.

Cuando Pip bajó parecía más contenta que nunca. Se sentía muy adulta por haber comido en un restaurante con John Dangerfield. Aunque Leyne estaba deseando preguntarle de qué habían hablado, no podía hacerlo. Además, sabía por experiencia que la niña se lo contaría más adelante. Y, por el momento, saber que lo había pasado bien era más que suficiente.

Su sobrina la ayudó a llevar la bandeja del café al salón y le ofreció una taza a John.

—Muchas gracias. Pip —sonrió él.

Leyne se dio cuenta entonces de que Jack y ella estaban sentados juntos en el sofá mientras Pip y John estaban sentados en sillones contiguos. Curiosa situación, pensó. La niña sólo parecía tener ojos para él. Leyne se percató entonces de que no era la única que se había dado cuenta porque, de repente, John miró a Pip y la conversación cesó abruptamente.

—Mi madre es fotógrafa —dijo la niña entonces.

—Eso me han dicho —sonrió John Dangerfield.

—Se llama Maxine Nicholson —siguió Pip, con expresión solemne—. ¿La conoce?

Leyne tragó saliva. Pero no sabía qué hacer. No podía interrumpir la conversación y...

—Sí, Pip, la conozco.

La niña inclinó a un lado la cabeza.

—¿Es usted...? ¿Es usted mi padre?

El salón quedó en completo silencio, como si todos estuvieran conteniendo el aliento esperando la respuesta.

—Sí, Pip, yo soy tu padre —dijo John por fin—. ¿Te molesta que lo sea?

Leyne observó, fascinada, que Pip seguía mirándolo fijamente.

—Es usted mayor de lo que yo había pensado. Pero no me molesta, me cae bien —sonrió la niña. Luego se volvió hacia Leyne —. ¿Tú sabías que el señor Dangerfield era mi padre?

—Tu tía se enteró anoche, Pip —contestó Jack por ella.

—Al principio pensé que eras tú —dijo la niña—. Como tenemos los ojos tan parecidos... Pero si el señor Dangerfield es mi padre y también es tu padre... entonces, tú y yo somos hermanos —terminó Pip, con una sonrisa en los labios—. ¿Te importa?

—¿A mí? —exclamo Jack, emocionado—. No, no, en absoluto.

Todo lo contrario, me encanta. Es un honor para mí tener una hermana pequeña.

Pip se volvió entonces para estudiar al hombre que, acababa de descubrir, era su padre.

—¿Te gusto como padre, Pip?

—Sí —contestó ella con toda tranquilidad.

A veces los niños hacían cosas increíbles, pensó Leyne.

—Bueno, creo que deberíamos llevar las tazas a la cocina —intervino, al rescate. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba apretando la mano de Jack. Con tal fuerza que debía de estar haciéndole daño—. Ah, perdona.

—No es nada. ¿Para qué están los novios?

Leyne no contestó. Porque para ella había cosas más importantes en ese momento que desear la luna.

Capítulo 8

Leyne estaba agotada cuando Jack las dejó en casa el domingo. No había podido mostrarse natural con él y sabía por qué: estaba enamorada. Como existía la posibilidad de que él se hubiera dado cuenta, su orgullo le exigía que de mostrase todo lo contrario. Y no era nada fácil.

Aunque también Jack se había mostrado incómodo. Seguramente lamentaba lo que había pasado. Ella no tenía mucha experiencia… bueno, en realidad no tenía ninguna, pero se había dado cuenta de que Jack lamentaba que hubieran estado a punto de hacer el amor.

Pues muy bien, no tenía por qué sentirse incómodo porque aquello no iba a volver a pasar.

—¡Adiós, Jack! —se despidió Pip alegremente.

—Adiós, bonita —dijo él, tirándole un beso—. Adiós, Leyne.

—Adiós.

Pip esperó hasta que el coche se perdió al final de la calle para volverse hacia su tía.

—¿Jack y tú habéis cortado?

—No, qué va. Pero la verdad es que nunca hemos ido en serio.

—¿Lo conociste mientras buscabas a mi padre?

—Así es —contestó ella, mirando fijamente a su sobrina para leer su expresión. Parecía muy tranquila.

—Gracias por encontrarlo, Leyne.

—Cariño, me alegro muchísimo por ti. Bueno, y ahora vamos a ver lo que necesitas para mañana.

Durante los días siguientes. Leyne daba un brinco cada vez que sonaba el teléfono. Pero Jack no llamó. Sabía que no llamaría, por supuesto, pero aun así no podía evitar la desilusión.

Lo cual era ridículo, claro. ¿Por qué iba a llamar? Seguramente no volverían a verse. Misterio resuelto, adiós Leyne Rowberry.

Su hermanastra llamó por fin el miércoles por la noche. Y, lamentablemente, Pip estaba en casa de su amiga Alice.

—¿Cómo estás, Max?

—Mucho mejor —contestó su hermanastra—. Ben te contó lo que había pasado, ¿no?

—Sí, sí, claro. ¿Seguro que estás recuperada del todo?

—Estoy bien, de verdad.

—Pero me dijo que estuviste delirando...

—Sí, bueno, pero ya no... Bueno, ahora deliro de alegría.

—¿Qué?

—¡Ben me ha pedido que me case con él!

—¡Casarte con Ben Turnbull! ¡Pero si pensé que lo odiabas!

—Al principio, sí. Pero luego empecé a conocerlo y... es maravilloso, Leyne. Cuidó de mi día y noche cuando estuve enferma... No se separaba de mi lado.

—Oh, Maxie, cuánto me alegro. ¿Y le has dicho que sí?

—Le he dicho que sí.

—¿Vas a casarte con él antes de volver?

Después de recibir esa fabulosa noticia, Leyne no sabía cómo contarle lo que había ocurrido en su ausencia.

—No. volvemos a Inglaterra antes de lo previsto. Si todo va bien, estaremos en casa para Navidad. Y seguramente nos casaremos en enero... Pip y tú seréis mis damas de honor, naturalmente.

—Sí, claro —asintió Leyne.

—Y, por supuesto, os vendréis a vivir conmigo y con Ben a Londres.

—No, Max. Ben no querrá...

—Ben tiene una casa enorme y dice que hay muchas habitaciones —la interrumpió su hermanastra—. Tú tendrás que dejar tu trabajo y la niña tendrá que cambiar de colegio, pero bueno... ya hablaremos de todo eso cuando vuelva.

—Sí, de acuerdo —murmuró Leyne, pensativa.

—La verdad es que no sé cómo se va a tomar Pip la noticia.

—¿Qué quieres decir?

—Después de tantos años viviendo sin hombres, ¿tú crees que

aceptará a Ben? ¿Crees que lo aceptará como padre?

—Pues... —empezó a decir Leyne. Había llegado el momento de contarle la verdad—. Resulta que...

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada malo, no te preocupes. Es que... bueno, si quieres saber la verdad, tu avión prácticamente acababa de despegar cuando, de repente, Pip me preguntó si sabía quién era su padre.

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

—Yo pensaba contárselo cuando fuera un poco mayor. ¿Ha vuelto a preguntar?

—Tenía que saberlo, Max. Me preguntaba todos los días.

—¿Y?

—Fui a ver a mamá.

—Y mamá te dijo que su padre es un hombre que se llama John Dangerfield —suspiró Max—. Será mejor que lo llame.

—No hace falta, ya lo he hecho yo.

—¿Qué?

—No podía esperar. Pip insistía y yo...

—Leyne, no sabes cómo lo siento. Supongo que habrá sido un mal trago para ti.

—No, no....

—No podías hablar conmigo y... ¿Pip lo sabe?

—Lo sabe. Se han conocido.

—¿Pip ha conocido a John?

—Por favor, no te preocupes, Max. Están encantados el uno con el otro.

—Sí, lo entiendo. John es un hombre muy especial —Max se quedó callada un momento—. Nunca pensé que volvería a enamorarme después de John Dangerfield, Leyne.

—¿No estás enfadada conmigo?

—Claro que no. Todo lo contrario, debería darte las gracias. Sé que te he puesto en una posición muy difícil... pero será mejor que hable con Pip lo antes posible. Llamaré otra vez dentro de un par de horas, cuando esté en casa.

—Sí, la pobre está deseando oír tu voz. Ah, por cierto, y llama a mamá también. Están en Canarias de vacaciones...

—¿En Canarias?

—Roland tuvo un resfriado y, de repente, decidió que necesitaba un poco de sol. Si tienes un bolígrafo, te daré el número de teléfono.

Un par de horas después, con Pip de vuelta en casa, sonó el teléfono y Leyne, que no le había dicho nada sobre la llamada de su madre, dejó que la niña contestase.

—¡Es mi hermano! —la oyó gritar, emocionada.

—¿Tu hermano?

—¡Jack! Quiere hablar contigo.

—Ah, bien —murmuró Leyne, incómoda—. Dime, Jack.

—¿Cómo está Pip? —preguntó él.

—Bien, muy bien.

—¿Sabes si está disgustada o desilusionada?

—No, no, en absoluto. Todo lo contrario.

—Me alegro —dijo Jack entonces—. ¿Algún hombre nuevo en tu vida?

Leyne no entendió la pregunta.

—¿Qué?

—Que si estás saliendo con alguien.

—¿Yo? No, qué va. Pero trabajo en una empresa llena de hombres, así que nunca se sabe.

—No pasa una semana sin que conozcas a uno nuevo, ¿eh?

—Supongo que a ti te pasa lo mismo —dijo Leyne entonces.

—Sí, todo el tiempo.

—Pues que lo pases bien.

Leyne se sintió profundamente deprimida después de esa llamada… aunque tampoco estaba muy contenta antes de que llamase. Pero casi inmediatamente el teléfono volvió a sonar. Era Max. Pip contestó y Leyne entró en su estudio para dejarlas hablar a solas.

Quince minutos después, la niña entraba como una tromba.

—¡Era mi madre! ¡Me lo ha contado todo sobre mi padre, cómo se conocieron y... y me ha contado que va a casarse con Ben Turnbull y que nosotras vamos a ser las damas de honor! ¡Y que estará en casa en Navidad!

Pip estaba tan emocionada que Leyne la dejó acostarse una hora más tarde de lo normal. Sólo cuando la niña estaba en la cama pudo pensar con tranquilidad en la llamada de Max y en la de Jack. Para

empezar, no podía irse a vivir con Max y con Ben. Echaría muchísimo de menos a Pip, pero había llegado la hora de vivir su vida. Sería absurdo irse a vivir con ellos. Ella era mayor de edad, tenía su vida allí, su trabajo, sus amigos... Y debía dejar que su hermana rehiciera su vida con Ben y con su hija.

Pero echaría tanto de menos a la niña...

Le gustaría tener un hijo, sí. Pero el único padre que imaginaba para ese hijo era Jack Dangerfield. Y no parecía haber muchas posibilidades de que Jack pidiera su mano: Ahora menos que nunca.

Por eso le sorprendió que el viernes la llamara por teléfono.

—¿Cómo está Pip?

—Muy bien.

—¿Ningún problema?

—Ninguno. Max llamó el otro día y estuvieron hablando. Parece que todo está solucionado, así que no tienes por qué preocuparte.

—¿Ni llamarte cada cinco minutos?

—¿Perdona?

—¿Es eso lo que querías decir?

—No, Jack, no quería decir eso.

—¿Por qué no empezamos de nuevo? —sugirió él entonces—. Todo está solucionado, Pip está contenta, mi padre está contento y... yo también lo estoy. Ahora podemos pensar en nosotros, ¿no te parece?

—No sé...

—Podríamos salir a cenar mañana.

—No, no puedo. He quedado con... un amigo —mintió Leyne.

—Ah, ya veo. Bueno, que lo pases bien.

—Lo mismo digo.

Y ahí terminó la conversación.

Al día siguiente, después de dejar a Pip en casa de Alice porque Dianne iba a llevarlas de compras, Leyne se disponía a planchar un poco cuando sonó el timbre. Pero no podía ser Jack, pensó.

Y no, no lo era, era el padre de Pip.

—Perdona si te molesto...

—No, no, entre, por favor.

—He pasado por una librería y he comprado este libro para Pip. El otro día me dijo que le gustaba mucho Jacqueline Wilson...

—Sí, tiene todos sus libros —sonrió Leyne—. Pero me temo que

Pip se ha ido de compras con una amiga. Volverá dentro de un rato.

—Ah, vaya.

—¿Le apetece un café?

—Sí, gracias —contestó John Dangerfield, pensativo—. Mira, Leyne, mi hijo me ha dicho que tu hermanastra y tú sois muy independientes, pero si puedo hacer algo por la niña...

—No creo que...

—Por favor, Leyne. Me he perdido doce años de su vida, deja que haga algo por ella.

—Pero usted no sabía que tuviera una hija hasta hace unos días.

—Cierto, pero ahora que lo sé, no puedo dejarlo así, como si fuera algo sin importancia. No me refiero sólo al dinero. Me gustaría que Pip llevase mi apellido.

Como Jack había dicho, su padre era un hombre honesto, pero no era con Leyne con quien debía hablar de ese tema.

—Eso tendrá que hablarlo con Max. Yo no soy quién...

—También me gustaría pasar algún tiempo con Pip. Conocerla mejor, ser su padre de verdad...

—No sé, señor Dangerfield.

—John, por favor. Al fin y al cabo, somos familia.

Leyne tuvo que sonreír. Sí, eran familia, desde luego. Qué curioso que en unos días todo en sus vidas hubiera cambiado de tal forma, pensó.

—De verdad, todo eso es algo que debes hablar con mi hermanastra. Yo sólo busqué al padre de Pip porque mi sobrina estaba empeñada en encontrarlo. Pero supongo que habrá complicaciones...

—Si te preocupa lo que piense mi mujer...

—¿Le has dicho que tienes una hija?

—Sí, se lo conté anoche.

—¿Y qué dijo ella? ¿Se quedó muy sorprendida?

—En realidad, fui yo el sorprendido —suspiró John Dangerfield —. Mi mujer me dijo que sabía que había ocurrido algo en mi vida después de su accidente... Jack te contó lo de su accidente, ¿verdad?

—Sí, me contó que se había caído de un caballo y que los médicos dijeron que no volvería a caminar.

—Mi esposa sufrió mucho en ese momento. Se alejó de mí

porque no quería que me pasara la vida cuidando de una inválida... Fue un momento muy difícil para los dos. Sin embargo, intuyó que pasaba algo... que yo había conocido a alguien, pero nunca me dijo nada. Cuando le hablé de Pip... prácticamente me dijo que ya lo sabía. Sorprendente, ¿verdad?

—Me alegro mucho de que tu mujer lo haya entendido —sonrió Leyne—. Pero si lo haces público, la prensa se hará eco de la noticia...

—Intentaré ahorrarle a Pip esa contrariedad.

—Max llamó anoche para decirnos que piensa casarse.

—¿Ah, sí?

—Con el fotógrafo con el que está trabajando ahora mismo, Ben Turnbull.

—Me alegro mucho por ella —sonrió John Dangerfield—. Y te aseguro que no pienso hacer nada que la disguste. Sólo quiero que compartamos el cariño de Pip.

Leyne asintió con la cabeza.

—Estará en casa en Navidad. Entonces podrás hablar con ella largo y tendido. Pero estoy segura de que llegaréis a un acuerdo. Mi hermana sólo quiere lo mejor para Pip.

John se despidió después de tomar un café porque iba a comer con un antiguo cliente.

—Dale el libro a Pip, por favor.

—Por supuesto.

—Y dile que... tengo ganas de verla.

La niña volvió una hora después, tan contenta como siempre.

—Has tenido una visita.

—¿Quién?

—John. Te ha traído un regalo… mira, un libro.

—Se ha acordado... Oh. Leyne —murmuró Pip. Y entonces, para sorpresa de su tía, se puso a llorar.

—¿Qué pasa, cielo?

—Mira la dedicatoria.

Leyne la leyó: *Para Pip, de su padre, John Dangerfield.*

Esa noche, cuando Pip ya estaba en la cama, Leyne no podía dejar de pensar en Jack. Seguramente no volvería a verlo. Volvería a ver a su padre, claro, pero a Jack... Y tendría que acostumbrarse a la idea porque...

En ese momento sonó el timbre y Leyne miró su reloj. Eran más de las diez. ¿Quién podía llamar a esas horas? ¿Sería John?

Pero cuando abrió la puerta se encontró frente a frente con el protagonista de todos sus sueños.

—Pip está en la cama —le dijo, intentando mostrarse fría.

—A estas horas, me parece lo más normal —sonrió Jack.

—Sí, bueno… —Leyne no sabía qué hacer. No quería invitarlo a entrar, pero tampoco podía dejarlo en la puerta.

—¿No me invitas a pasar? No he venido a ver a Pip.

—Ah, ya. Sí, claro, entra.

Jack Dangerfield entró en su casa con paso firme. Tenía una mirada decidida… casi… casi como si fuera dispuesto a la batalla.

Capítulo 9

—¿Qué quieres? —preguntó Leyne.

—¿Puedo sentarme? —sonrió Jack.

—¿Esta conversación va a ser muy larga? —le espetó Leyne que, con los nervios, había olvidado por completo sus buenas maneras.

—Por tu expresión, probablemente. ¿Por qué eres tan antipática conmigo? Yo no te he hecho nada.

—Sí, bueno...

—Pensé que hoy tenías una cita.

—La niñera no pudo venir y tuve que cancelarla —mintió Leyne.

—Eso no es verdad —dijo Jack, tan tranquilo.

—¡Claro que es verdad!

—Señorita Rowberry, se toma usted su responsabilidad hacia Pip demasiado en serio.

—¿Y qué?

—¿Se puede saber qué tiene que hacer un hombre para cenar contigo? —suspiró Jack.

—Pensé que estabas muy ocupado.

—Sí, pero he preferido pasar a hacerte una visita. Me apetecía más que trabajar.

—Ya, claro… bueno, si esto tiene algo que ver con Pip, te aseguro que la niña está perfectamente —dijo Leyne entonces—. Tu padre ha pasado por aquí esta mañana, además. Aunque supongo que ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Se lo ha contado a tu madre.

—¿Qué? ¿Que tiene una hija? ¿Le ha hablado a mi madre de Pip? —exclamó Jack, incrédulo.

—Sí. Y, por lo visto, tu madre intuía que había ocurrido algo

durante ese tiempo... cuando tuvo el accidente —contestó Leyne—. No se lo ha tomado mal. Tu padre parecía muy tranquilo.

—Ah, vaya. Dios, qué lío...

—Pero todo se ha resuelto muy bien, ¿no crees?

—Sí, claro que sí. Lo importante es que Pip esté contenta.

—Lo está —sonrió Leyne por fin—. De hecho, nunca la había visto más feliz. Max ha llamado por teléfono...

—Hombre, por fin.

—Se va a casar con Ben Turnbull. Volverán a Inglaterra en Navidad.

—¿Se va a casar? —repitió Jack, con el ceño fruncido.

—Sí, en enero. Y se irán a vivir a Londres —suspiró Leyne.

Él la miró entonces, pensativo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Nada, me quedaré aquí.

—¿Sola?

—Pues claro. No soy una niña —contestó ella, a la defensiva.

—Ya sé que no eres una niña —sonrió Jack entonces. Y era una sonrisa muy prometedora. Tanto que Leyne dio un paso atrás—. ¿Qué ocurre, te pongo nerviosa?

—¿Por qué ibas a ponerme nerviosa?

—¿Serviría de algo si te dijera que también yo estoy un poco nervioso? —preguntó él en voz baja.

Leyne lo miró, perpleja. ¿Jack Dangerfield nervioso?

—¿Por qué ibas a estarlo?

—Por la misma razón que tú, supongo.

Leyne sabía cuál era la razón para sus nervios: estaba enamorada de Jack. Lo quería tanto que le daba miedo que él lo supiera. Pero Jack no sentía lo mismo...

—Cuando tu hermanastra se marche a Londres, quizá podrías pensar en la posibilidad de vivir conmigo —dijo él entonces.

—¿Qué?

—¿No te gusta la idea de vivir conmigo?

Leyne abrió mucho los ojos. Debía de haber oído mal.

—No entiendo...

—Podríamos vivir juntos y cuidar de Pip cuando Max y su nuevo marido tengan que irse de viaje a alguna parte. Además, así mi padre podría ver a la niña —sonrió Jack—. ¿Qué te parece?

—¿Vivir contigo? ¿Te has vuelto loco? —exclamó Leyne.

—Antes nos casaríamos, claro.

—¿Se puede saber qué estás diciendo?

—Que antes de vivir juntos, nos casaríamos —repitió Jack, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Y por qué íbamos a casarnos?

—Porque... —Jack la miró a los ojos—. Porque... me gustaría tener hijos contigo. Y no quiero tener que pasar por lo que tu hermanastra, mi padre y Pip han tenido que pasar. A mí me gusta hacer las cosas bien.

Leyne empezó a pensar que estaba soñando. Tenía que estar soñando.

—Pues no creo que sea una buena razón, lo siento.

—En fin, supongo que podría añadir que... te quiero —dijo Jack entonces.

—Ah, bueno, siendo así...

—También podría decir que para mí eres una tortura. Que cuando estoy lejos de ti es como si sólo estuviera vivo a medias. Que... ¿qué has dicho?

—Que si me quieres, la cosa ya es diferente —sonrió Leyne.

No era un sueño, no era un sueño. Jack Dangerfield la quería.

—¿Y tú? ¿Tú me quieres? —preguntó Jack.

—Sí.

—¿Y te casarás conmigo?

—Si quieres que te sea sincera, Jack, sí, me casaré contigo. Me casaré contigo porque estoy loca por ti —suspiró Leyne.

Jack se quedó mirándola como si hubiera oído mal.

—¿Me quieres?

—Mucho.

Él se dejó caer en el sofá y tiró de Leyne para tumbarla a su lado.

—¿Cuándo te has convertido en mi sol y mi luna? ¿Cuándo te has convertido en lo más importante del mundo para mí? —murmuró, acariciando su pelo—. Supongo que fue el día que apareciste en la puerta de mi oficina para decirme que tenía una hija.

—Es que estaba desesperada.

—¿Me quieres, Leyne?

Ella no sabía decir palabras de amor porque nunca se las había dicho a nadie.

—Eh… sí —fue su respuesta.

Jack soltó una carcajada.

—Mi amor… —murmuró, abrazándola—. Cuando vine a buscarte la primera vez para ir a Sherbourne entré en el estudio y me quedé mirándote… intentando controlar los latidos de mi corazón. Nunca me había pasado nada parecido. Intentaba esconderlo porque la situación era tan complicada…

—A mí me pasaba lo mismo.

—¿De verdad?

—De verdad. Por eso me he mostrado tan fría últimamente. Y luego, en Sherbourne, cuando te apartaste…

—¡No me aparté porque quisiera hacerlo, te lo aseguro! Pero cuando se hace un niño, hay que hacerlo bien —sonrió Jack.

—En eso tienes razón —dijo Leyne.

—¿Me quieres?

—Ya sabes que sí —murmuró ella, escondiendo la cara en su pecho.

—¿Vas a decírmelo algún día?

—Pues… no sé, dentro de unos años, supongo —bromeó Leyne.

—Cariño, no podía dejar de pensar en ti… tenía que hacer un esfuerzo para no llamarte cada cinco minutos. Y luego estaba ese Keith…

—¿No me digas que tenías celos de Keith?

—¡No podía soportarlo! —exclamó Jack—. ¿Cómo se atrevía ese desconocido a salir con mi chica?

—Ay, Jack, si supieras lo mal que lo he pasado… Creí que no volvería a verte nunca.

—Entonces, de verdad me quieres —murmuró él, sobre sus labios.

—Mucho, mucho, mucho…

—Cariño mío… ¿cuándo nos casamos?

—Cuando tú digas —sonrió Leyne.

—¿Antes que tu hermanastra?

—Pero… mi hermanastra piensa casarse en enero —protestó ella.

—¿Y crees que yo puedo esperar hasta enero para convertirte en

la señora Dangerfield?

—Oh, Jack…

—¿Oh, Jack, sí?

—¡Sí, sí, sí! —rió ella.

Se miraron a los ojos durante mucho tiempo… y luego tuvieron que besarse.



JESSICA STEELE (Warwickshire, Inglaterra (1933) - es una popular escritora británica. Desde 1979 ha escrito más de 85 novelas románticas publicadas por *Mills & Boon*.

Fue una niña delicada, a los 14 años le diagnosticaron tuberculosis y tuvo que abandonar los estudios, a los 16 años comenzó a trabajar y nunca regresó a la escuela a la que siempre ha echado de menos.

Peter, su marido,la ha apoyado en su trayectoria profesional y durante el periodo de aprendizaje (5 años según Jessica).

Es feliz escribiendo a mano,y tiene gran cantidad de plumas. Para documentarse y obtener información para sus obras ha viajado por todo el mundo.